



Pedro, dice ella al fin, siendo la primera en romper el silencio.

EL BASTARDO

DE

M A L A G A.

NOVELA

escrita en frances

POR ALEJANDRO DUMAS,

traducida

POR D. S. C.

TOMO II.



MALAGA.

IMPRESA DE MARTINEZ DE AGUILAR,

Calle del Marques,

N.º 10 y 12.

*Es propiedad de la
casa de Martinez de
Aguilar.*

EL BASTARDO
de Maulcon.

CAPITULO I.

De como Mothril se adelantó al gran maestro cerca del Rey don Pedro de Castilla.

Hay ciudades que por la situación que les ha dado la naturaleza, ó por los tesoros de belleza con que han sido enriquecidas por los hombres, parecen destinadas á ser no solamente de hecho, sino de derecho, las reynas de las comarcas y lu-

gares circunvecinos: tal es Sevilla, esa reyna de la bella Andalucía, que es por sí sola uno de los reynos de España. Por eso los moros, que la habian conquistado con regocijo, y que la habian guardado con cariño, salieron de ella con dolor, dejándole la corona de Oriente que por espacio de tres siglos habian colocado sobre su cabeza. Uno de los alcázares con que durante su residencia habian dotado á esta sultana favorita, era el mismo que don Pedro habitaba, y el cual vamos á transportar á nuestros lectores.

Sobre una azotea de mármol, en donde los odoríferos naranjos y limoneros forman con mirtos y granados una bóveda compacta, impenetrable á los rigores del sol, se ven algunos esclavos africanos, que aguardan que los rayos abrasadores del dia hayan ido á apagar su llama en las aguas del mar. Despues, cuando

el viento de la tarde se levanta, esos esclavos empiezan á regar con agua de rosas el pavimento de mármol, y la brisa que por estos lugares atraviesa lleva en pos de sí por el espacio los perfumes naturales y los perfumes ficticios mezclados y confundidos como la belleza y los adornos. Bajo la cubierta que forman los pensiles de esta nueva Babilonia, los esclavos moros conducen camas cubiertas de seda y cojines de estremada blandura, pues con la noche la España va á encontrar nueva vida, y con la frescura de la tarde las calles, los paseos y las azoteas, van á poblarse de gentes.

En breve se alzan los tapices que separan la azotea de un estendido y cómodo aposento, y aparece un hombre que trae apoyada en su brazo á una muger como de veinte y cuatro á veinte y cinco años, con los cabellos negros y lustrosos, los ojos tambien negros y aterciopelados,

y la cutis de color mate , y morena , y con toda la frescura de las mugeres del mediodía. Por el contrario el hombre tiene veinte y ocho años , es blanco , de alta estatura , y lleva en sus ojos azules y en la color del rostro , que el sol de España no ha podido volver morena , todos los caracteres indelebles de las azas del Norte de la Europa.

Esta muger es doña María de Padilla : este hombre es el Rey don Pedro.

Ambos se adelantan en silencio bajo esta bóveda de verdes ramas , pero fácil es conocer que en ellos el silencio no nace de la falta de pensamientos , sino , por el contrario , de los muchos que embargan sus mentes.

Por lo demas , la bella española no mira ni á los moros que aguarda sus órdenes , ni las riquezas que la rodean : aunque nacida en la mediania y casi en la miseria , se

ha familiarizado con todo lo que el aparato real ostenta de mas brillante desde que se ha acostumbrado á jugar, como un niño juega, con el chupador de vidrio, con el cetro del gran Rey de Castilla.

—Pedro, dice ella al fin, siendo la primera en romper ese silencio que cada uno de los dos parecia vacilar en romper, vos no teneis razon en pretender que yo sea vuestra amiga y como señora respetada; yo me veo esclava y humillada, esa es la verdad, señor.

Pedro se sonrió é hizo un movimiento de hombros casi imperceptible.

—Sí, no hay duda, prosiguió María, esclava y humillada, lo he dicho y lo repito.

—¡Cómo es eso! esplicaos, preguntó el Rey.

—¡Oh! eso es muy fácil de explicar, señor. Es el caso que el gran maestre de Santiago va á llegar, se-

gun se dice, á Sevilla, con el objeto de asistir á un torneo que estais preparando. Engrandecida su habitacion á espensas de la mia, se ha adornado con los mas preciosos tapices y con los muebles mas estimados que se han hecho transportar á ella desde los diferentes aposentos del palacio.

—Es mi hermano, dijo don Pedro.

En seguida añadió con un acento cuya espresion él solo comprendia:

—Mi muy amado hermano.

—Vuestro hermano, repuso ella; yo creia que era el hermano de Enrique de Trastamara.

—Sí señora, pero ambos son hijos del rey Alfonso mi padre.

—Y vos le tratais como Rey: ya lo entiendo: y en efecto casi tiene derecho á este honor, puesto que él es querido de una Reyna.

—No os entiendo, dijo don Pedro

poniéndose pálido á pesar suyo, pero sin que ninguna otra señal mas que esta palidez involuntaria indicase que el golpe habia llegado al corazon.

—¡ Ah don Pedro , don Pedro ! dijo Maria Padilla , muy ciego estais ó muy filósofo.

El Rey nada respondió , y solamente se fué volviendo con afectacion hácia el lado del oriente.

—Y bien , ¿ qué mirais , repuso la impaciente española , acaso si llega vuestro muy amado hermano ?

—No , señora , respondió don Pedro , estoy mirando si desde este régia azotea en donde estamos se pueden ver las torres de Medina Sionia.

—Sí , repuso Maria Padilla. Yo bien sé que vais á responderme lo que siempre me respondeis , es decir , que la reina infiel está prisionera. Y ¿ cómo es que vos , á quien apellidan el Justiciero , castigais al uno de-

jando impune al otro? ¿cómo se justifica el que la reyna esté prisionera y que á su cómplice se le colme de honores?

—¿Qué es lo que os ha hecho, pues, mi hermano don Fadrique? señora, preguntó don Pedro.

—Si vos me amáseis, no me preguntarias por cierto que es lo que me ha hecho, y ya me habriais vengado. Qué me ha hecho? Me ha perseguido no con su odio, que esto significaría poco, pues el odio honra, sino con su desprecio; y vos debiérais castigar á cualquiera que despreciase á la muger que no amais, es verdad, pero que habeis admitido en vuestro lecho, y la única que os ha dado hijos.

El rey no respondió nada: tenia un alma impenetrable en la cual era imposible leer ni una sílaba bajo la capa de bronce que la cubria.

—¡Oh! en vano es engalanarse de virtudes cuando no se tienen; conti-

nuó Maria Padilla en tono desdeñoso; muy fácil es para las mujeres astutas el encubrir sus mas criminales pasiones bajo una mirada tímida y poner sus escándalos al abrigo de la vulgar opinion de que las mugeres de la Galia son frias é insensibles al lado de las mugeres españolas.

Don Pedro continuó guardando silencio.

—Pedro! Pedro! repuso de nuevo la querida irritada de ver que el sarcasmo no hacia mella en el invulnerable soberano, Pedro, yo creo que hariais bien en escuchar la voz de vuestro pueblo. ¡No le ois cómo grita: «¡Ah! Maria de Padilla, la cortesana del monarca, el oprobio de el reino: héla allí la culpable, la criminal muger; ella que se ha atrevido á amar á su Príncipe, no por su rango porque estaba casado sino como hombre! Cuando las demas mugeres conspiraron contra su honor, ella le ha entregado el suyo

contando con su proteccion y reconocimiento. Cuando sus esposas, porque el cristiano don Pedro tiene tantas mugeres como un sultan moro, cuando sus esposas, aun las infieles han sido infecundas, ella le ha dado dos hijos á quienes ama. ¡Qué vergüenza! Maldigamos á la Maria Padilla como se maldijo á la Caba. Semejantes mujeres son siempre la perdicion de los reyes.» Esta es la voz de España, escuchadla, don Pedre! Pero si yo fuese reyna, entonces se diría: «¡Pobre Maria Padilla! ¡Pobre Maria Padilla! tú eras dichosa cuando eras doncella y cuando jugabas á orillas del Guadalete con las doncellas, compañeras tuyas. ¡Pobre Maria Padilla! eras muy feliz, cuando el rey, aparentando amarte vino á interrumpir tu dicha. Tu familia era tan ilustre, que los primeros Caballeros de Castilla te codiciaban para esposa, pero has cometido la falta de preferir á un rey. Pobre jó-

ven, sin esperiencia, que ignorabas todavía que los reyes no son hombres. Y él sin embargo te engaña; á tí que no le has engañado jamás, ni siquiera de pensamiento, ni aun en sueños. Da su corazón á otras queridas olvidando tu fidelidad, tu desinterés, tu fecundidad.» Todo esto dirían si yo fuese Reyna, y se me querría hacer pasar por una santa, sí, por una santa. No es este el título que dan á una muger que yo conozco, y que ha hecho traición á su marido por su hermano?

Don Pedro cuya frente se habia ido insensiblemente anublado, se pasó la mano por ella y apareció en calma y casi serena.

—En suma, ¿qué quereis señora, ser Reyna? Harto debeis saber que eso es imposible, puesto que yo ya estoy casado, y no una sino dos veces. Pedidme cosas posibles y os las concederé.

—Yo creia tener derecho á pedir lo que Juana de Castro pidió y obtuvo.

—Juana de Castro no pidió nada, señora. La necesidad, esa inexorable reyna de los Reyes, fue la que pidió por ella. Pertenece á una familia influyente y poderosa, y desde el momento en que yo, repudiando á Blanca me granjeaba un enemigo en el exterior, necesitaba granjearme aliados en lo interior. Quereis vos ahora que entregue á mi hermano don Fadrique á los carceleros en el momento en que la guerra me amenaza, cuando mi otro hermano Enrique de Trastamara subleva contra mí el Aragon, me toma á Toledo, me escala á Toro; cuando me veo en precision de guerrear con mis deudos, empleando mayores esfuerzos de los que hubiera tenido que emplear en la reconquista de Granada del poder de los moros. ¿Olvidais que hace poco que

yo que tengo prisioneros á los otros, he estado tambien prisionero, obligado á disimular, á bajar la cabeza, á sonreirme á los que queria morder, á doblegarme en fin, como un niño bajo la ambiciosa voluntad de mi madre? ¿olvidais que he necesitado seis meses de disimulo para encontrar abierta solo por espacio de un minuto la puerta de mi propio palacio, que he tenido que huir á Segovia y arrancar pedazo á pedazo la herencia que mi padre me dejára, de las manos de los que de ella se habian apoderado; mandar coser á puñaladas á Garcilaso en Burgos, envenenar á Alburquerque en Toro, hacer rodar veinte y dos cabezas por la plaza de Toledo y trocar mi sobrenombre de justiciero en el de cruel sin saber cuál de los dos me conservarán las generaciones venideras? Y en cuanto á la francesa, como vos la llamais, ¿no es por cierto bastante para un crimen supuesto,

haberla relegado á Medina Sidonia casi sola , casi pobre , y de hecho despreciada, tan solo porque á vos os plugo verla así?

—Ah! No es porque á mí me pluguiese verla así, exclamó doña María Padilla con ojos centelleantes, es porque vos habeis sido deshonrado por ella.

—No , señora , dijo don Pedro. No , yo no he sido deshonrado , como supóneis , porque yo no soy de aquellos que hacen depender el honor ó la deshonra de un Rey en una cosa cualquiera tan frágil y quebradiza como la virtud de una muger. Todo lo que para los demas hombres es un motivo de alegría ó de dolor, no es para nosotros los Reyes sino un medio político para obtener un fin enteramente opuesto. No , yo no he sido deshonrado por la Reyna doña Blanca ; pero me habian obligado á casarme con ella á despecho mio , y yo he aprovechado la

ocasion que ella y mi hermano han tenido la imprudencia de proporcionarme: he fingido haber concebido sobre ellos sospechas terribles: la he humillado, la he degradado, á ella que era hija de la primera casa del mundo cristiano. Por lo tanto, si vos me amais como decís, debeis rogar á Dios para que no me suceda ningun contratiempo, porque el regente, ó mas bien, el Rey de Francia, es su cuñado: es un gran príncipe, señora, que tiene ejércitos poderosos mandados por el primer capitán de estos tiempos, por Mosen Beltran Duguesclin.

—Oh Rey! tú tienes miedo, le dijo Maria Padilla, prefiriendo la cólera del Rey á esa fria impassibilidad que hacia de don Pedro dueño de sí mismo, el príncipe mas peligroso de la tierra.

—Yo tengo miedo de vos, si señora, contestó el Rey, porque vos sola habeis tenido hasta aquí el po-

der de hacerme caer en las únicas faltas que yo he cometido.

—Paréceme que un Rey que va á buscar entre los moros y entre los judios sus agentes y sus consejeros, debiera hacer recaer sus faltas sobre otros antes que sobre la muger á quien ama.

—Ah! hé ahí como vos tambien caeis en el error comun, dijo don Pedro encogiéndose de hombros; ¡moros mis consejeros, judíos mis agentes! Ah! señora, yo tomo mis consejos del entendimiento y busco recursos allí donde hay dinero. Si vos y los que me acusan os tomaseis la pena de dirigir la vista á la Europa, veriais que entre estos moros se halla la civilizacion, y que en mano de los judíos están las riquezas. ¿Quién ha edificado la mezquita de Córdoba, la Alhambra de Granada, todos esos alcázares que son el ornamento de nuestras ciudades? el palacio mismo en que ahora estamos,

¿quién ha hecho todo esto? Los moros! ¿En qué manos está el comercio? en cuáles la industria? á que manos viene á parar el oro de las naciones indolentes? A las manos de los judíos! ¿Qué hay que esperar de nuestros cristianos semi-bárbaros? Grandes lanzadas inútiles, grandes combates en que se desangran las naciones. Pero ¿quién deja obrar así á estas naciones insensatas? quién florece? quién canta? quién ama? quién goza, en fin, á su lado de la vida, mientras ellas se entregan á sus terribles convulsiones? Los moros! ¿Quién se deja caer sobre los cadáveres para desnudarlos? Los judios! Ved, pues, como los moros y los judios son los verdaderos ministros y los verdaderos agentes de un Rey que quiere ser libre é independiente de los reyes vecinos! Pues bien: hé ahí lo que yo busco; hé ahí lo que yo intentó de seis años acá: hé ahí lo

que ha hecho que contra mí se levantasen tantas enemistades, é inventado tantas calumnias. Los que querian ser mis consejeros, los que solicitaban ser mis agentes, esos son los que se han convertido en enemigos implacables. y esto es muy sencillo; yo no habia hecho nada por ellos, yo no queria nada de ellos, yo los alejaba de mí. Pero por lo que hace á vos, Maria, ha sucedido todo lo contrario. Yo os he sacado de una condicion ínfima, os he aproximado á mi trono todo lo mas que me ha sido posible. Os he dado la parte de mi corazon de que puede disponer un Rey. Os he amado, en fin, yo, á quien acusan de no haber amado á nadie nunca.

— Ah ! si vos me hubiéseis amado, respondió María con esa pertinacia de las mugeres, que jamás contestan á los argumentos en que se refutan sus locas acusaciones, sino solamente á sus propios pensamientos;

si vos me hubiéseis amado yo no me veria condenada á las lágrimas y al oprobio por haber sido leal á mi Rey. Si vos me amáseis , ya estaria vengada.

— Santo Dios! dijo don Pedro, aguardad un poco. Vos sereis vengada, si se presenta la ocasion. ¿ Pensais acaso que yo traigo á don Fadrique en mi corazon? ¿ Creeis que yo no me tendria por muy dichoso de hallar una ocasion para acabar con esa raza de bastardos? Pues bien; si realmente os ha ultrajado don Fadrique , que lo dudo...

— Y no es ultrajarme , interrumpió doña María de Padilla, pálida de puro encolerizada, no es ultrajarme el aconsejaros como él lo ha hecho , que no me conserváseis como dama vuestra, y que volviéseis á traer como esposa á la Reyna doña Blanca?

— Y vos , María , ¿ estais segura de que él me ha dado ese consejo?

— Oh! sí , segura , respondió la

española haciendo un ademán de amenaza, tan segura estoy de ello como de mi propia existencia.

—En ese caso, mi querida María, repuso don Pedro con esa calma tan enojosa para las personas que se dejan llevar de la cólera, si don Fadrique me ha aconsejado que no os conservase como querida y volviese á traer á la Reyna Blanca como esposa, vos incurris en una contradiccion acusándole como amante de esta misma Reyna. De lo contrario, y lo debiais comprender pues estais celosa, ellos se hubieran dado por muy contentos en poder gozar una libertad tan completa como la que se deja á una muger desdenada.

—Sois un orador demasiado grande para mí, señor don Pedro, respondió María levantándose y conociendo la imposibilidad de contener su furor por mas tiempo. Saludo á vuestra Magestad, y ya procu-

raré vengarme por mí sola.

Don Pedro la siguió con los ojos, sin decirle ni una palabra, la vió alejarse sin hacerla volver con un solo gesto; y sin embargo, esta muger era la única que le hacia experimentar en ocasiones otro sentimiento que el de la pasion material satisfecha. Pero precisamente por esta causa temia á su querida tanto como pudiera temer á un enemigo. Comprimió, pues, este débil sentimiento de compasion que sentia removerse en el fondo de su alma, y se tendió sobre los cojines que acababa de dejar María de Padilla, fijos los ojos en el camino de Portugal, porque desde el balcon donde el Rey descansaba se podian ver al través de la llanura los bosques de la montaña y los distintos caminos que llevaban á los diferentes puntos del reyno.

—Terrible condicion la de los reyes! murmuró don Pedro. Yo amo

á esta muger , y sin embargo ni á ella ni á los otros , ni á persona alguna debo dejar entreveer mi amor , porque si se apercibiese de este afecto , abusaria de él , porque es preciso que nadie pueda llegar á creerse con bastante predominio sobre el Rey , para arrancarle la satisfaccion de una injuria ú otra ventaja cualquiera. Sobre todo , es menester que ninguno pueda decir : « La Reyna ha ultrajado al Rey ; el Rey lo sabe y no se ha vengado. » Oh ! continuó don Pedro despues de un instante de silencio , durante el cual su fisonomía indicaba lo que pasaba en su corazon. No es el deseo de vengarme lo que me falta , á Dios gracias ! pero si yo obrase violentamente perdería tal vez mi reyno por esa indiscreta justicia. En quanto á don Fadrique , solo depende de mí , y nada tiene que ver el Rey de Francia con su vida ni con su muerte. Pero vendrá á Sevilla , y

si viene , ¿ no habrá tenido tiempo de prevenir á su cómplice ?

Al decir estas palabras, notó el Rey en el camino de la Sierra de Aracena como una nube de polvo. Esta nube se fué aumentando, y en breve á través de su velo cada vez mas trasparente, descubrió los blancos albornoces de los caballeros moros , y luego reconoció por su alta estatura á Mothril , que cabalgaba al lado de su dorada litera.

La caravana se adelantaba rápidamente.

— Solo , dijo entre dientes el Rey cuando pudo abarcar con la vista desde el primero hasta el último de los hombres que la componian. Solo , que ha sido, pues, del gran maestro! se habrá acaso negado á venir á Sevilla? ¿ó será menester ir á buscarlo á Coimbra?

Entretanto la caravana se adelantaba siempre.

Al cabo de un instante desapare-

ció bajo las puertas de la poblacion. Seguía la el Rey con los ojos, y de vez en cuando lo veía aparecer de nuevo y relucir por entre las tortuosas calles de la ciudad: por último la vió entrar en el alcázar, é inclinándose sobre la balaustrada pudo seguirla por los patios: era evidente que dentro de un instante sabría á que atenerse.

Tenia el moro cerca del Rey entrada libre y absoluta. Al cabo de un instante se presentó en la azotea, y encontró á don Pedro eu pie, clavados los ojos en el sitio por donde sabia que debia llegar, y manifestando en su semblante la inquietud que le devoraba y que no procuraba ocultar.

Cruzó el moro los brazos sobre el pecho é hizo una reverencia que casi llegó á dar con la frente en el suelo. Pero don Pedro solo respondió á este saludo con un gesto de impaciencia.

—Y el gran maestro? dijo.

—Señor, respondió Mothril, he creído de mi deber adelantarme. Los graves asuntos de que tengo que hablaros, harán que vuestra alteza escuche con benevolencia, como yo lo espero, la voz de su leal servidor.

Por muy habituado que estuviese don Pedro á leer en el fondo del corazon, hallábase no obstante harto preocupado con las pasiones que en aquel momento le agitaban para que pudiera descubrir todas las astutas precauciones que encerraban las palabras del moro, estudiadamente envueltas en misterio.

—Y el gran maestro? volvió á preguntar, pegando con el pie en el suelo.

—Señor, él vendrá, respondió Mothril.

—Por qué le habeis dejado? Por qué sino es culpable, no viene libremente? Y si lo es ¿por qué no viene á la fuerza?

—Señor, el gran maestre no es inocente, y sin embargo él vendrá, no tengais cuidado. No seria extraño que intentase huir, pero está vigilado por mi gente que le conducen mas bien que lo escoltan. Si yo he tomado la delantera, es para hablar al Rey, no de las cosas hechas, sino de las que quedan por hacer.

—Con que es decir que viene? ¿Tú estás seguro de ello? repitió don Pedro.

—Mañana por la tarde se hallará á las puertas de Sevilla. Segun puede conocer vuestra alteza, no me he descuidado un solo punto.

—Nadie se habrá informado de su viaje?

—Nadie.

—Comprendeis la importancia de mi pregunta y la gravedad de vuestra contestacion?

—Sí, señor.

—Y ¿qué mas hay de nuevo? preguntó don Pedro con una horrible

congoja , que si no se revelaba en su rostro, era porque se habia tomado algun tiempo para afectar indiferencia.

—Ya sabe el Rey hasta qué punto soy celoso de su honra , dijo el moro.

—Sí , pero tú tambien debes saber, Mothril, dijo don Pedro frunciendo el entrecejo , que las intimaciones sobre ese particular son buenas de Maria de Padilla á mí, es decir de una muger celosa á un amante demasiado sufrido tal vez; pero de tí á don Pedro, del ministro al Rey , te está absolutamente vedado todo lo que tenga visos de censurar la irreprehensible conducta de la Reina doña Blanca. Ya lo sabias y te lo repito por si lo has olvidado.

—Señor , dijo el moro, un monarca poderoso, feliz, amado y amante, como vos lo sois, no encuentra cabida en su corazon para la envidia ni para los celos. Esto lo compren-

do. Vuestra dicha es muy grande, señor, mas es menester que vuestra dicha no os ciegue.

—Oh! algo sabes de nuevo, exclamó don Pedro, fijando una mirada escrutadora en el moro.

—Señor, contestóle este con frialdad, vuestra alteza ha reflexionado mas de una vez, sin duda, las acechanzas de que está cercado, y se ha preguntado á sí mismo con el discernimiento que le distingue: ¿qué será de la monarquía de Castilla, puesto que el Rey no tiene sucesores?

—No tiene sucesores? repitió don Pedro.

—A lo menos, sucesores legitimos continuó el moro; de suerte, que si á vuestra alteza le aconteciese alguna desgracia, el reino vendria á ser del mas atrevido ó del mas afortunado de todos los bastardos, es decir, de don Enrique, de don Fadrique ó de don Tello.

—A qué viene todo eso, Mothril?

preguntó don Pedro: ¿ Querrás por ventura aconsejarme un tercer matrimonio ? No han sido muy dichosos los dos primeros , para que me sea dado seguir en este punto tus consejos. Te lo prevengo, Mothril.

Estas palabras arraucadas del fondo del alma del Rey con señales marcadas de despecho , hicieron centellear los ojos del moro.

Eran la revelacion de todos los tormentos que don Pedro sufría en su interior tan agitado. Mothril sabía la mitad de lo que quería saber: una palabra iba á revelarle el resto.

—Señor , le dijo , ¿ y no podía ser esta tercera una muger , cuyo carácter estuviese experimentado por vos , y de cuya fecundidad no tuvieseis la menor duda ? Casaos con doña María Padilla , por ejemplo , puesto que la amais hasta el punto de no poder separaros de ella , y que ella es de bastante buena casa para lle-

gar á ser Reyna. De esta manera, vuestros hijos quedarán como legítimos, y nadie podrá con derecho disputarles jamás el trono de Castilla.

Mothril habia llamado en su ayuda todas las fuerzas de su entendimiento, á fin de calcular la estension de una embestida que para él no tenia ejemplar. Entonces, con un deleite desconocido al resto de los hombres, y conocido solo de estos infames ambiciosos que á banderas desplegadas juegan con la suerte de los reynos, advirtió que por la frente de su soberano pasaba una nube sombría, que era la señal de su aburrimiento.

—He roto ya sin resultado un matrimonio que me unia con el Rey de Francia, dijo don Pedro. Yo no puedo ahora romper el que me liga á la casa de Castro.

—Bueno! murmuró Mothril: cuanto mas verdadero es el amor del

corazon , tanto mas de temer es su influencia. Hay una plaza vacante, sino sobre el trono , á lo menos en el tálamo del Rey de Castilla.

— Concluyamos , dijo don Pedro, ¿ no decias que tenias que hablar-me de un asunto de importancia ?

— Lo que yo tenia que decir, era simplemente una noticia que os libra de andar en consideraciones con respecto á la Francia.

— Esa noticia , entonces... Habla pronto !

— Señor , dijo Mothril , permítame vuestra alteza bajar á dar mis órdenes á los que custodian la litera. Estoy desasosegado pues he dejado abajo sola á una persona que es sumamente cara para mí.

Don Pedro le miró con la mayor admiracion.

— Marcha , le dijo , y vuelve pronto.

Bajó el moro é hizo entrar su litera hasta el primer patio.

—Don Pedro, desde lo alto de la azotea seguia distraidamente los pasos que daba su ministro. Poco tiempo despues volvió á presentarse Mothril.

—Señor, le dijo: ¿ tendrá á bien concederme vuestra alteza por esta vez, como de costumbre, una habitacion en el alcázar?

—Sí, por cierto.

—Permitidme, entonces, que haga entrar en ella á la persona que viene en mi litera.

—Acaso una muger? preguntó don Pedro.

—Sí, señor.

—Alguna esclava que tú amas?

—No, señor, mi hija.

—Ignoraba yo que tuvieses una hija, Mothril.

Nada respondió á esto Mothril. La duda y la curiosidad se introdujeron á la par en el ánimo del Rey. Esto es lo que el moro queria.

—Ahora, dijo don Pedro, conducido por la gravedad de la situacion á las cosas que queria saber; dime lo que supieres acerca de la Reyna doña Blanca.

CAPITULO II.

De como el moro refirió al Rey don Pedro lo que habia pasado.

El moro se llegó al Rey , y dando á sus facciones una expresion de profunda piedad, es decir, del sentimiento que mas debia ofender á don Pedro , viniendo de parte de un inferior le dijo:

— Señor , antes de comenzar la relacion que tengo que hacer á V. A., es preciso que V. A. recuerde las órdenes que me ha dado.

—Jamás olvido lo que una vez he dicho, contestó el Rey don Pedro.

—El Rey me habia ordenado que partiese á Coimbra, y á Coimbra he ido; que dijese al gran maestro que S. A. le esperaba, y se lo he dicho; que acelerase su salida, y no he tenido mas que una hora de descanso en la ciudad, y en la tarde misma de nuestra llegada nos pusimos en marcha.

—Bien está, bien está, dijo don Pedro, estoy satisfecho: sé que eres un fiel servidor.

—V. A. añadió: cuidarás de que en el camino á nadie dé aviso el gran maestro de su viaje; pues bien: al siguiente dia de su marha, don Fadrique... mas yo no sé verdaderamente si á pesar de las órdenes de V. A., debo decir lo que ha pasado.

—Prosigue; al dia siguiente de vuestra marcha...

—El gran maestro ha escrito una carta.

—A quién?

—Justamente á la persona á quien V. A. temia que escribiese.

—A la Reyna doña Blanca! exclamó don Pedro, poniéndose pálido.

—A la Reyna doña Blanca, señor.

—Moro! dijo don Pedro, piensa en la gravedad de tamaña acusacion.

—Mi único pensamiento es el de servir á mi Rey.

—Aun estás á tiempo de decir que te has equivocado.

Mothril movió la cabeza negativamente.

—No estoy equivocado, dijo:

—Mira lo que dices, pues esa carta debe venir á mi poder, exclamó don Pedro en tono amenazador.

—La tengo! respondió el moro secamente.

Don Pedro que habia dado un so-

lo paso adelante , retrocedió temblando

—Con qué ¿ la tienes ?

—Sí , señor.

—La carta escrita por don Fadrique ?

—Sí.

—A Blanca de Borbon ?

—Sí.

—Y esta carta...

—La entregaré á V. M. cuando esté menos irritado que en este momento.

—Yo ! repuso don Pedro con una sonrisa nerviosa. ¿ Yo irritado ? Jamás he estado mas tranquilo.

—No, señor, no estais tranquilo, porque veo vuestros ojos encarnizados vuestro lábios blancos , vuestra mano trémula, y acariciando la daga, ¿ por qué lo niega V. A. ? La venganza es cosa natural , legitima en semejante caso ; y como adivino que la venganza de V. A. será tremenda , por lo mismo trato de aplacarla.

— Dame esa carta , Mothril ! exclamó el Rey.

— Señor , reflexionad.

— Dame la carta ! al punto , sin tardanza , en este mismo instante ; yo la quiero ,

El moro fue sacando poco á poco debajo de su albornoz la escarcela del infortunado Hernando.

— Suceda lo que suceda , mi deber primero es obedecer á mi señor.

El Rey examinó la escarcela ; sacó una bolsita bordada de perlas , la abrió y se apoderó con presteza de la carta que contenia dentro : el sello de esta carta estaba roto sin disimulo ; y á su vista se alteraron de nuevo las facciones de don Pedro. Sin embargo , no hizo la menor observacion y leyó :

« Reyna y señora mia : el Rey me manda ir á Sevilla. Os he prometido poner en vuestro conocimientos los grandes acontecimientos de mi vida , y este me parece decisivo.

«Como quiera que sea, ilustre señora y querida hermana, poco temeré la venganza de doña María de Padilla, que sin duda alguna es la que me hace llamar, si sé que vuestra persona que me es tan querida, está al abrigo de sus asechanzas. No sé lo que me espera: una prision tal vez; acaso la muerte: si me reducen á prisiones, ya no podré defenderos, y si debo morir, aprovecho el único momento en que mi brazo está libre para deciros, que será siempre vuestro mientras no esté abrumado de esposas, y vuestro igualmente mi corazón hasta la muerte.

«Hernando es el conductor de este aviso, que quizá sea mi último á Dios. Así pues, Reyna y amiga mía, hasta que nos volvamos á ver, acaso en este mundo, y ciertamente en el cielo.

«DON FADRIQUE.»

—¿Quién es este Hernando? ¿En dónde está? exclamó don Pedro, tan pálido que daba horror el verle.

—Señor, contestó Mothril con un acento tranquilo y natural; ese Hernando era el page del gran maestro. Venia con nosotros: á la segunda noche de nuestra marcha recibió ese mensaje, y aquella misma noche vadeando el Zézaro hizo la casualidad que se ahogase, y que encontrase yo sobre su cadáver este escrito.

Don Pedro no habia menester de mas esplicaciones para comprender á Mothril.

—Ah! con que tú, tú has sido quien ha encontrado el cadáver, dijo.

—Sí, señor.

—Antes que nadie?

—Sí.

—Así nadie sabe el contenido de esta carta?

—Señor, dijo Mothril, perdonad mi

atrevimiento: el celo por los intereses de mi Rey me ha hecho traspasar los límites de la discrecion que se me habia encomendado; he abierto la escarcela y he leído la carta.

—Pero... ¿tú solo, no es verdad? es como si nadie la hubiera visto.

—De seguro, desde que vino á mis manos.

—Pero ¿antes?

—Ah! señor, lo que es antes yo no respondo, tanto mas cuanto que el page no estaba solo con su señor: habia allí un maldito, un perro, un cristiano... perdonad, señor.

—Y qué cristiano es ese?

—Un caballero francés á quien don Fadrique llama su hermano.

—Ah! dijo don Pedro: yo creia que hubiese dado otro nombre á sus amigos.

—No tiene secreto alguno para

este cristiano, y no sería extraño que estuviese en la confianza del paje, en cuyo caso el crimen sería público.

—Con que llegará el gran maestro? preguntó don Pedro.

—En pos de mí: no lo dudeis.

D. Pedro estuvo paseándose algun tiempo frunciendo las cejas, los brazos cruzados, y cabizbajo: era muy fácil adivinar la terrible tormenta que rugía dentro de su pecho.

—Es preciso comenzar por él, dijo al fin con voz profunda y sombría: es el único medio de escusarme ante la Francia: cuando el Rey Carlos V vea que no he perdonado ni á mi hermano, no sospechará el crimen, y me perdonará el no haber perdonado á su cuñada.

—Y no temeis, grau señor, dijo Mothril, que se equivoque en el objeto de la venganza que habeis de tomar, y que se piense que en el gran maestro habeis castigado, no al aman-

te de la Reyna doña Blanca , sino al hermano de don Enrique de Trastámara vuestro competidor al trono ?

—Pues bien , haré pública la carta , dijo el Rey , y borraré con sangre mi afrenta. Ahora , vete ; me has servido con fidelidad.

—Qué mas manda V. A ?

—Que se prepare el aposento del gran maestro.

Salió Mothril y don Pedro quedó solo atormentado con sus pensamientos : veía su nombre cubierto de baldon , y el impasible monarca desapareció ante el hombre celoso y altivo : parecía ya escuchar el rumor de los amores de doña Blanca y del gran maestro , y correr de ciudad en ciudad , con todas las exageraciones que siempre acompañan á las faltas de los reyes. En seguida , fijando los ojos en los aposentos de doña María Padilla , creyóla ver en pie tras la cortina de su ventana , y aun creyó haber sorprendido en su

semblante la sonrisa del orgullo satisfecho.

—No, no es ella quien me determina á obrar así; y sin embargo, dirán que es ella; y no obstante, ella tambien lo creerá.

Volvió la cabeza con impaciencia, y sus vengativas miradas giraron en derredor.

En aquel momento pasaban por una azotea mas baja que la real, dos esclavos moros, llevando en las manos pebeteros de donde se exalaba un vapor azulado y oloroso, que la brisa de las montañas hizo subir hasta donde estaba el Rey. Detrás de los esclavos venia una muger cubierta con un velo, de gallardo y flexible talle, de cintura delicada, y con la cabeza inclinada sobre el pecho. Estaba cubierta con uno de esos velos árabes, sin otra abertura que la necesaria para poder mirar por ella. Seguía la Mothril con marcado respeto, y apenas llegaron á la

puerta de la cámara á donde la extranjera debía entrar, el moro se arrodilló en cierto modo á los pies de la jóven.

Aquellos perfumes, aquellas voluptuosas miradas, aquel acatamiento del moro, contrastaban tan fuertemente con las pasiones que devoraban el corazon de don Pedro, que en aquel momento su corazon experimentó cierta frescura y nueva vida, como si la juventud y el placer le hubiesen sido devueltos por esta aparicion.

Aguardaba, pues, no sin impaciencia la llegada de la noche.

Cuando vino esta, bajó de su cámara y por los jardines, donde él únicamente podia entrar, llegó al pabellon en que moraba Mothril; entonces levantando con precaucion las enredadas guirnaldas de yedra y las ramas de frondoso laurel, que mucho mejor que los tapices, ocultaban el interior de la habitacion á las

miradas indiscretas, pudo ver en un ancho y mullido cogin de seda recamada de plata, y mal velada con una larga túnica transparente, los pequeños pies desnudos ornados á la usanza oriental de gargantillas y brazaletes, la frente tranquila y los ojos errantes y vagamente distraidos de Aïssa, que al sonreirse descubria bajo el carmin de sus lábios, sus dientes, finos, blancos é iguales como las perlas.

Mothril habia contado con la curiosidad del Rey; de suerte que apenas vino la noche, cuando se puso en acecho, escuchó el ruido de las ramas al separarse, y distinguió en la calma de la noche la respiracion ardiente de don Pedro; mas no se dió por entendido de que allí pudiese estar su soberano. Como la indolente jóven dejase deslizarse de entre sus dedos distraidos una sarta de corales, se precipitó á cojerla, y se la devolvió permaneciendo

casi arrodillado ante ella.

Aïssa se sonrió.

—Por qué me colmais de honras hace dos ó tres dias? dijo Un padre no debe tener para sus hijos nada mas que ternura, y á los hijos toca respetar á sus padres.

—Lo que hace Mothril, es lo que debe hacer, respondió el moro.

—Pero, por qué, padre mio, me guardais mas consideraciones que á vos mismo?

—Porque así debe ser, replicó Mothril, y muy pronto llegará el dia en que todo os sea revelado, y cuando llegue, acaso no os digneis llamarme padre, doña Aïssa?

Estas misteriosas palabras produjeron cierta indefinible impresion a un tiempo en el ánimo de la hija y del Rey, pero por mas instancia que hizo Aïssa, Mothril no quiso decirla una palabra mas, y se retiró.

Las esclavas de Aïssa vinieron en

seguida agitando el aire en torno del diván de su señora con grandes abanicos de pluma de avestruz, mientras que una música dulce, vibraba en el espacio como un perfume melodioso, sin que se viese al músico ni al instrumento.

Aïssa cerró sus grandes ojos abrazados de secretas llamas.

—¿En qué estará pensando? dijo el Rey, viendo pasar por su semblante la sombra de un pensamiento.

Aïssa pensaba en el gallardo caballero francés.

Las esclavas se aproximaron para cerrar las celosías.

—Es extraño, dijo el Rey, precisado á volver de aquella contemplacion peligrosa; cualquiera diria que habia pronunciado un nombre.

El Rey no se engañaba: Aïssa habia pronunciado el nombre de Agenor.

Mas aunque las celosías se hubie-

sen cerrado , el Rey no estaba en una disposicion de ánimo que le permitiese volver á su aposento. El corazon del Príncipe albergaba en aquel momento los afectos mas encontrados.

Estos sentimientos combatian de tal manera entre sí que escluian toda esperanza de sueño y de reposo, y necesitaba la frescura del aire de la noche y su calma y silencio. Así, pues, anduvo errante por los jardines , volviendo siempre como á un punto de atraccion al pabellon en que la bella mora dormia profundamente: á veces pasaba el Rey delante de las ventanas de la Padilla y fijaba los ojos en sus pintadas vidrieras ; despues creyendo que la altiva española estuviese durmiendo, continuaba su camino , que por mas ó menos rodeos , iba siempre á parar al pabellon de Aïssa.

Engañábase el Rey ; doña María no dormía ; en su aposento faltaba

la luz, pero no las llamas, pues ardía su pecho, y palpitaba su corazón como el de don Pedro, porque inmóvil detrás de la ventana, envuelta en manto oscuro, miraba al Rey, sin perder uno solo de sus movimientos, y aun diremos, sin que uno solo de sus pensamientos se le escapara.

Habia además de los ojos de doña Maria de Padilla otros dos ojos que penetraban en el corazón del Rey don Pedro; eran los del moro, puesto de centinela para saber el resultado de su intriga. Cuando se acercaba don Pedro á la ventana de Aïssa se estremecía de gozo, mas cuando don Pedro dirigia sus miradas á los aposentos de Maria Padilla, y parecia titubear entre subir ó no al aposento de su favorita, sus lábios proferian en voz baja amenazas, que su mano, instintivamente buscando su puñal, parecia dispuesta á ejecutar. Así pasó don Pedro toda la

noche bajo la influencia de tan penetrantes y venenosas miradas, cuando se creia solo y olvidado, hasta que rendido de fatiga, y una hora antes de despuntar el dia, se recostó en un banco de piedra y se quedó dormido con aquel sueño agitado y febril que no es descanso sino un sufrimiento que se agrega á los anteriores.

—No, no estás aun como yo te quiero, dijo Mothril, viendo al Rey sucumbir bajo el peso del cansancio: es preciso que te liberte yo de esa Padilla á quien no amas, segun dices, y á quien sin embargo no puedes resolverte á dejar.

Y volvió á dejar caer la cortina que habia levantado para mirar al jardin.

—Vamos, dijo doña María de Padilla vamos á hacer el último esfuerzo, pero pronto, rápido, decisivo, antes que esa muger, porque no tengo duda de que es una muger

á quien él miraba por la celosía, logre adquirir algun influjo en su corazón.

Y dió sus órdenes para que su gente hiciese al amanecer grande estrépito en el alcázar.

Cuando despertó el Rey y subió á su cámara, oyó en los patios ruido de caballerías, y en los ámbitos del alcázar pasos acelerados de mugeres y de pajes.

Iba á inquirir la causa de aquel estruendo, cuando abriéndose de par en par la puerta, apareció en el umbral doña María Padilla.

—¿Qué aguardan esos caballos y que quieren esos criados? señora, preguntó don Pedro.

—Aguardan mi marcha, señor, mi marcha que he mandado disponer cuanto antes para evitar á V. A. la presencia de una muger, que ya no puede hacer nada por vuestra felicidad. Por otra parte, hoy es el dia en que llega mi enemigo, y co-

mo sin duda vuestra intencion , en la efusion de su ternura fraternal , será la de sacrificarme á él , le cedo de buen grado el sitio , porque yo debo ocuparme exclusivamente de mis hijos , que puesto que su padre los abandona , tienen doble necesidad de los cuidados de su madre.

Era reputada María de Padilla por la mas hermosa muger de España ; y tal era su influencia con don Pedro , que los coronistas contemporáneos , convencidos de que la hermosura por perfecta que sea , no puede llegar á tan alto grado de poderío , han preferido atribuirle á encantamientos y hechicerías , mas bien que á los naturales hechizos de la encantadora.

Tal como á la sazón estaba la Padilla , hermosa con sus veinte y cinco años , enriquecida con el título de madre , con sus largos cabellos negros que caian sobre el vestido sen-

cillo de lana, que segun la moda del siglo decimocuarto, modelaba brazos, espaldas y seno, reasumia para don Pedro, sino cuanto habia soñado, á lo menos todo cuanto habian podido inspirarle el amor mas verdadero y real y sus mas dulces pensamientos. Tal era la maga del alcázar, la flor del alma, el santuario de sus mas venturosos recuerdos. El Rey la miró con tristeza.

—Asombrábame ya, María, que no me hubiéseis abandonado, y por cierto que para hacerlo habeis elegido el mejor momento; aquel en que mi hermano Enrique se me rebela, aquel en que mi hermano Fadrique me hace traicion, aquel en que el Rey de Francia va sin duda á declararame la guerra. ¡Cuán cierto es que las mugeres huyen de la desgracia!

—¿Con que sois desgraciado? exclamó la Padilla dando algunos pa-

sos adelante, y tendiendo sus dos manos á don Pedro. En ese caso me quedo; eso me basta ahora; en otro tiempo os hubiera preguntado: Pedro, si yo me quedo, ¿serás feliz?

Por su parte el Rey se habia inclinado algun tanto, de manera que una de las blancas manos de María cayó entre las suyas. Hallabase en uno de aquellos momentos en que el corazón, profundamente herido, experimenta la necesidad de cicatrizar sus llagas con el amor: llevó, pues, aquella mano á sus labios.

—Tuya es la culpa, María, la dijo: yo te amo, mas para que tú encontrases un amor que correspondiera al tuyo, era menester que amases á otro hombre que no fuese Rey.

—Con que ¿no quereis que marche? preguntó doña María con aquella adorable sonrisa que hacía olvidar á don Pedro el universo entero.

—No; contestó el Rey, si quis-

res participar de mi suerte futura, como has participado de mi pasada fortuna.

Entonces desde el sitio mismo en que estaba, y por la ventana abierta del aposento, aquella hermosa estatua hizo uno de esos ademanes de reina, que hubiesen hecho creer que Maria habia nacido al pie del trono, para indicar á sus servidores dispuestos á partir, que volviesen á entrar en sus aposentos.

En aquel instante se presentó Motril. La conferencia sobrado larga de don Pedro con su querida le inquietaba.

—¿Qué hay? preguntó el monarca con impaciencia.

— Señor, respondió el moro; vuestro hermano don Fadrique va á llegar y se descubre su escolta en el camino de Portugal.

Al oír el Rey esta noticia, brotó de sus ojos tal expresion de odio, que Maria de Padilla conoció bien que

por esta parte nada tenía que temer, y despues de haber presentado á don Pedro sus mejillas en las que imprimió este sus pálidos lábios, tornó á su cámara sonriendo.

CAPITULO III.

Como el gran maestro entró en el alcázar de Sevilla, donde le esperaba el Rey don Pedro.

Efectivamente como Mothril acababa de decir, el gran maestro se adelantaba á Sevilla, y se hallaba cerca de sus puertas hácia el medio dia, con la fuerza del calor.

Los caballeros que le escoltaban, cristianos y moros, venían cubiertos de polvo y sus caballos y mulas anegados en sudor. El gran maestro miró á las murallas de la ciudad que creia hallar coronadas de soldados y

de gente del pueblo, como en los dias de fiesta era de costumbre, pero no vió mas que los precisos centinelas que de ordinario habia.

—Será menester avisar al Rey? preguntó uno de los capitanes de don Fadrique, disponiéndose á adelantarse, si el principe se lo mandaba.

—No hay necesidad, le respondió don Fadrique sonriendo tristemente: el moro se adelantó y mi hermano estaba prevenido. ¿No sabeis, añadió, con un acento amargo, no sabeis que con motivo de mi llegada hay fiestas y torneos en Sevilla?

Los españoles miraban con sorpresa en torno suyo, porque nada indicaba aquellas fiestas y torneos prometidos, antes por el contrario, todo parecia triste y sombrío: preguntaron á los moros, pero los moros no les contestaron.

Entraron en la ciudad: puertas y ventanas estaban cerradas como es costumbre en España en dias de mu-

cho calor: no se encontraba un alma por las calles, ni preparativo alguno; no se escuchaba otro ruido que el de alguna puerta que se abría por tal cual curioso, que antes de dormir la siesta quería averiguar que tropa fuese aquella que entraba en la ciudad á una hora en la cual los mismos moros hijos, del sol, buscaban la sombra de los bosques y la frescura de los rios.

Iban delante los caballeros cristianos; los moros, dobles en número porque se habia engrosado la escolta, reuniéndose á los primeros otras muchas gentes en el camino, formaban la retaguardia.

Examinaba don Fadrique todas estas maniobras; y aquella ciudad triste, y silenciosa como una tumba, cuando esperaba encontrarla alegre y gozosa, le habia hecho concebir terribles sospechas. Acercóse á él un caballero y le dijo al oido:

—Señor, ¿ha notado vuestra gran-

deza que acaban de cerrar la puerta por la que acabamos de entrar?

El gran maestro nada respondió, y continuando su marcha, en breve descubrió el alcázar. Aguardábale á la puerta Mothril con algunos caballeros de don Pedro.

La tropa esperada con tanta impaciencia entró por fin en los patios del alcázar cuyas puertas se cerraron al punto, como las de la ciudad.

Mothril habia seguido al príncipe con todas las señales del mas profundo respeto.

En el momento que el gran maestro se apeó, se acercó á él y le dijo:

—Ya sabeis, señor que no es costumbre entrar con armas en palacio; ¿permitís que mande llevar vuestra espada á vuestro aposento.

La cólera de don Fadrique por tanto tiempo reprimida, parecia no haber esperado mas que esta ocasion

para estallar.

—Esclavo, le contestó; la servidumbre te ha embrutecido tanto que no te deja reconocer á tus príncipes ni respetar á tus amos? ¿de cuando acá el gran maestre de Santiago que tiene el derecho de entrar con el casco y espuelas en la iglesia, y de hablar con Dios armado de todas armas, ha dejado de tener el derecho de entrar armado en el palacio, y de hablar con la espada en el cinto á su hermano?

Mothril le escuchó con respeto y con la frente inclinada.

—Vuestra alteza ha dicho la verdad, y vuestro humilde siervo habia olvidado, no que fuéseis príncipe, sino gran maestre de Santiago. Todos esos privilegios son añejas usanzas cristianas y no es extraño las ignore ó las olvide un pobre infiel como yo.

En aquel momento, un capitán se aproximó á don Fadrique.

—Señor, le dijo, ¿es cierto que vuestra grandeza manda que nos retiremos?

—Quién ha dicho eso? preguntó el gran maestro.

—Uno de los guardas de la puerta.

—Y qué le habeis respondido?

—Que no recibíamos órdenes sino de nuestro señor don Fadrique.

El príncipe titubeó un momento; veíase jóven, y esforzado, y se hallaba con bastante gente para hacer una larga defensa.

—Señor, continuó el oficial viendo que su príncipe se ocultaba á sí mismo, pronunciad una palabra, haced una señal, y nosotros os sacaremos de este lazo en que habeis caído: treinta somos, y armados todos de lanzas, de dagas y de espadas.

Miró don Fadrique á Mothril, y sorprendiendo en sus labios una sonrisa, siguió la direccion de sus miradas. Las azoteas del alcázar esta-

ban coronadas de arqueros y balles-teros con sus armas en la mano.

—Seria causar la muerte de estos valientes, se dijo á sí mismo don Fadrique; no, puesto que á mí solo buscan, entremos solo.

El gran maestro se volvió con tranquilidad á sus compañeros y les dijo:

—Retiraos, amigos míos, estoy en el palacio de mi Rey y de mi hermauo: no mora la traicion en semejantes regiones; mas si por desgracia me equivocase, acordaos de que estaba prevenido de la traicion y que no quise creerla.

Los soldados de don Fadrique le saludaron y salieron uno á uno. Don Fadrique quedó solo con los moros y los guardas del rey don Pedro.

—Y ahora, dijo á Mothril, quiero ver á mi hermauo.

—Vuestros deseos van á ser satisfechos, señor, respondió el moro, porque el Rey os aguarda con im-

paciencia.

Y se apartó para que el príncipe pudiese subir por las escaleras del alcázar.

—En dónde está mi hermano? preguntó el gran maestro.

—En el aposento que dá á la azotea.

Estaba este próximo á la cámara, donde ordinariamente moraba don Fadrique, que al pasar por la puerta de esta última se detuvo un momento.

—No podré entrar en mi cuarto para descansar un rato antes de ver á mi hermano?

—Señor, respondió Mothril, despues que vuestra grandeza haya visto al Rey podrá descansar cuanto guste.

En este momento los moros que seguian al príncipe hicieron un movimiento, y aquel volvió atrás la cabeza.

—El perro! murmuraron los moros.

El fiel alano, efectivamente, en vez de seguir al caballo á la cuadra habia ido en pos de su amo, como si adivinase el peligro que le amenazaba.

—Este perro es mio, dijo don Fadrique.

Los moros se apartaron, menos por respeto que por miedo, el perro vino á apoyar sus manos en el pecho de su amo, que le dijo:

—Sí, te entiendo. Hernando ha muerto; Agenor está lejos de aquí, tu eres el único amigo que me queda!

—Señor, dijo Mothril con su irónica sonrisa: ¿tiene tambien el gran maestre de Santiago el privilegio de entrar en la real cámara con su perro?

Un sombrío pensamiento pasó entonces por la frente de don Fadrique: el moro estaba á su lado: don Fadrique tenia la mano sobre su daga, y para vengarse de un esclavo in-

solente y sarcástico no había menester mas que voluntad, decision y un rápido movimiento.

—No, se dijo á sí mismo: la magestad del monarca alcanza á todos los que le rodean, no atentemos, pues, á la magestad del Rey.

Abrió con calma la puerta de su cámara, é hizo seña al perro de que entrase en ella.

El perro obedeció.

—Espérame ahí, alano le, dijo.

—El perro se acostó sobre una piel de leon, y el gran maestro cerró la puerta. En aquel momento se oyó una voz que gritaba:

—Mi hermano! ¿dónde está mi hermano?

Reconoció don Fadrique la voz de don Pedro, y se adelantó hácia el aposento de donde salia la voz.

Don Pedro al salir del baño, pálido aun por la vigilia de la noche, y rugiendo sordamente de ira, cla-

vó sus severas miradas en el jóven príncipe, que se postró de hinojos.

—Heme aquí, rey y hermano mio: me habeis llamado, y aquí estoy: me he dado prisa en venir para veros y desearos toda suerte de prosperidades.

—¿Cómo ha de ser eso posible, gran maestro, respondió don Pedro, y no debe asombrarse que vuestras palabras estén tan en contradicción con vuestras acciones. Decis que me deseais toda suerte de prosperidades, y conspirais con mis enemigos.

—Señor, no os entiendo, dijo don Fadrique levantándose del suelo, porque cuando se le hacia una acusacion debia permanecer de rodillas un solo instante. ¿Es á mí á quién se dirigen esas palabras?

—Sí, á tí, don Fadrique, gran maestro de Santiago.

—En ese caso, me llamais traidor.

—Sí: porque traidor eres, respondió don Pedro.

El jóven perdió el color, pero se contuvo y dijo con un acento de inefable dulzura.

—¿Y porqué así, Rey mio? Jamás os he ofendido, al menos que yo lo sepa. Por el contrario, en muchos encuentros, y singularmente en la guerra de los moros, hoy amigos vuestros, empuñé un acero, pesado asaz para el brazo de un maucebo tan jóven como yo era.

—Sí, los moros son mis amigos! exclamó don Pedro: menester me ha sido elegir entre ellos mis amigos. porque en mi familia solo he encontrado enemigos.

Erguióse aun don Fadrique, mas altivo y mas intrépido á medida que los reproches del monarca, se iban haciendo mas injustos y humillantes.

—Si habláis de mi hermano Enrique, dijo, nada tengo que respon-

deros , y nada de esto me atañe. Mi hermano Enrique se ha revelado contra vos , porque vos sois nuestro señor natural por la edad y por la cuna; pero mi hermano Enrique quiere ser Rey de Castilla , y dicen que la ambicion hace olvidar lo todo , pero no soy ambicioso y nada solicito: gran maestre soy de la orden de Santiago , y si sabeis de otra persona mas digna que yo de ocupar mi puesto , estoy pronto á hacer en ella renuncia de mi cargo.

Nada respondió don Pedro.

—He conquistado á Coimbra de los moros , y me he encerrado en ella como ciudad que me pertenece. Nadie manda en ella sino yo. Quereis á Coimbra , hermano mio ? es un buen puerto.

Don Pedro tampoco le respondió.

—Tengo un pequeño ejército, repuso don Fadrique ; que he reunido con vuestro permiso. ¿ Quereis mis soldados para combatir á vuestros

enemigos ?

Don Pedro continuó callado.

—No tengo otros bienes de fortuna que los heredados de mi madre doña Leonor de Guzman, y los tesoros conquistados á los moros. ¿quereis mis bienes, hermano mio ?

—No quiero ni tu maestrazgo, ni tu ciudad, ni tus soldados, ni tus tesoros, dijo don Pedro, no pudiendo contenerse mas á vista de la calma del jóven ; ¡ lo que quiero es tu cabeza !

—Mi vida es vuestra, señor, como todo lo demas, y no la defenderé de vos como no defenderia lo otro ; ¿ pero por qué he de daros mi cabeza, cuando el corazon está inocente ?

—Inocente ! repuso don Pedro. ¿ Conoces por ventura á una francesa que se llama Blanca de Borbon ?

—Conozco á una francesa que se llama Blanca de Borbon, y la res-

peto como á Reyna y hermana mia.

—Pues bien! he ahí lo que queria decir, replicó don Pedro, que tienes por Reyna y hermana á la enemiga de tu hermano y de tu Rey.

—Señor, dijo el gran maestro, si llamais vuestra enemiga á la que tanto habeis ofendido y que en su corazon conserva el recuerdo de su injuria, la persona de quien hablais quizás sea enemiga vuestra, pero ¡por vida mia! que tanto vale que llaméis á ella enemiga, como á la corza que acabáseis de traspasar con una flecha y huyese herida por los bosques.

—Enemigo mio llamo á cualquiera que contra mí levante mis ciudades, y esa muger ha sublevado á Toledo: enemigo mio llamo á cualquiera que arme á mis hermanos contra mí; y esa muger ha armado contra mí el brazo de mi hermano, no de mi hermano el ambicioso Enrique, como decias ahora poco, si-

no el del hipócrita é incestuoso hermano don Fadrique.

—Hermano mio , os juro...

—No jures , pues jurarias en falso.

—Hermano !....

—Conoces esto ? dijo don Pedro sacando la carta del gran maestro de la escarcela de Hernando.

A su vista, que le probaba que Hernando habia sido asesinado, á esta prueba de su amor que se hallaba en manos del Rey ; conoció don Fadrique que su ánimo decaia , dobló una rodilla delante de don Pedro, y permaneció un instante cabizbajo, abrumado bajo el peso de las desgracias que preveia. Un murmullo de asombro corrió por las filas de los cortesanos colocados al extremo de la galería. Don Fadrique de hinojos ante su hermano , sin duda demandaba perdon á su Rey, luego si pedía perdon claro es que era culpable: los cortesanos no podian imaginar que pidiese perdon para otra

persona.

—Señor, dijo don Fadrique, tomo á Dios por testigo de mi inocencia.

—Pues bien, repuso el Rey, á Dios vas á decírselo, porque lo que es yo no te creo.

—Mi muerte podría lavar una mancha, dijo el gran maestro, pero no he cometido ningun crimen, y estoy inocente.

—Inocente! exclamó el Rey don Pedro, ¿pues qué nombre das á esto?

Y ciego de cólera abofeteó el rostro de su hermano con la carta que este habia escrito á Blanca de Borbon.

—Detente, dijo don Fadrique haciéndose atrás; mátame, pero no me ultrages! ya yo sabia hace mucho tiempo que los hombres se tornan cobardes á fuerza de vivir entre cortesanas y esclavos!.... Rey, eres un cobarde porque has insultado á tu prisionero.

—Ola, guardias, gritó don Pedro, ah de mis guardias! ; Llevadle de aquí, y matadlo!

—Un momento, le interrumpió don Fadrique, tendiéndole su mano con dignidad; por mas furioso que estés, vas á detenerte ante lo que tengo que decir: has injuriado con tus sospechas á una muger inocente: has ultrajado con ellas al Rey de Francia, pero no ofenderás así mismo al cielo: debo reconciliarme con Dios antes que me asesines, y necesito una hora para ello. Yo no soy un moro, lo oyes!

Don Pedro estaba casi loco de rabia: sin embargo se contuvo porque le miraban.

—Bueno, una hora tienes, vé.

Todos los que presenciaban esta escena estaban yertos de terror. Los ojos del Rey echaban llamas, y lo mismo los de don Fadrique.

—Que estés listo dentro de una hora! gritó don Pedro, en el mo-

mento mismo en que salia de la cámara.

—Descuida , que siempre moriré demasiado pronto para tí, porque soy inocente , respondió el jóven.

Una hora permaneció encerrado en su aposento sin que nadie se le acercase reconciliándose con Dios; luego que transcurrió la hora, viendo que los verdugos no parecian, salió á la galería y gritó:

—Me estás haciendo esperar , Rey don Pedro : la hora ha pasado.

Los verdugos entraron.

—Qué muerte será la mia? preguntó el príncipe.

Uno de los verdugos desenvainó la espada.

Don Fadrique la examinó , pasando el dedo por el filo.

—Tomad la mia , dijo sacándola de la vaina : esta corta mejor.

El soldado la tomó.

—Gran maestro , cuando gustéis, dijo:

Don Fadrique indicóle con una señal, que aguardase un instante: en seguida se acercó á una mesa, escribió algunas palabras en un pergamino, lo enrolló y se lo introdujo en la boca, apretándolo con los dientes.

Qué pergamino es ese? preguntó el soldado.

—Es una reliquia que me hace invulnerable, dijo don Fadrique: hiéreme: ahora te desafío.

Y el jóven príncipe desnudando su cuello, levantando sus largos cabellos, se arrodilló, las manos cruzadas sobre el pecho, y la sonrisa en los lábios.

—Crees en la virtud de ese talisman, preguntó el soldado al que iba á degollar á don Fadrique?

—Ahora lo veremos, respondió el verdugo.

—Hiere, dijo don Fadrique.

Brilló la espada en manos del verdugo; un vivo reflejo brotó por la ho-

ja, y la cabeza del gran maestre separada de los hombros de un solo tajo, rodó por el pavimento.

En aquel momento un espantoso ahullido resonó en las bóvedas del alcázar.

El Rey que escuchaba á la puerta, echó á correr amedrentado: los verdugos se precipitaron fuera del aposento, y en aquel sitio no quedó mas que sangre, una cabeza separada del cuerpo, y un perro que rompiendo una puerta, fué á tenderse al lado de tan triste despojos.

CAPITULO IV.

De como el Bastardo de Mauleon recibió el billete que había ido á buscar.

Lúgubres y pardas cayeron las sombras de la noche sobre el desolado alcázar. Don Pedro, estaba sentado en las habitaciones bajas á las que se habia refugiado, inquieto y sombrío, no atreviéndose á permanecer en el aposento cercano de la cámara donde yacía el cadáver de su hermano. A su lado lloraba Maria Padilla.

—Por qué llorais, señora? le dijo

de repente y con aspereza el Rey. ¿No habeis conseguido ya lo que tanto habeis deseado? Me habeis pedido la muerte de vuestro enemigo, ya estais satisfecha: vuestro enemigo no existe.

— Señor, dijo María, acaso en un primer movimiento de vanidad femenil, en un trasporte de cólera insensata pude tal vez anhelar esa muerte; ¡perdóueme Dios si abrigó jamás mi corazón semejante deseo! mas puedo asegurar que jamás mis labios lo han manifestado.

— Ah! hé aquí lo que son las mugeres, exclamó don Pedro: ardientes en sus deseos, tímidas en sus resoluciones, queriendo siempre y no atreviéndose jamás; y cuando hay algun loco que quiera obedecer á sus pensamientos, niegan haber tenido semejantes ideas.

— Señor, en nombre del cielo, dijo María, no digais que por mí habeis sacrificado al gran maestro, porque

sería mi tormento en esta vida y mi eterno suplicio en la otra.... no, hablemos en verdad decid mas bien que lo habeis sacrificado á vuestra honra ; pues yo no consentiré, ¿ lo oís ? no consentiré que me dejeis sin declarar , que no soy yo quien os ha impulsado á esa muerte.....

--Diré todo cuanto querais , María , replicó friamente el Rey levantándose y yendo á recibir á Mothril, que acababa de entrar con el derecho de un ministro y el continente de un privado.

Apartó al pronto María los ojos del hombre á quien odiaba doblemente despues de la muerte del gran maestro , aunque esta muerte sirviese á sus intereses: fuése á colocar en el hueco de una ventana , y mientras el Rey conferenciaba con el moro, ella estaba mirando á un caballero armado de punta en blanco , que merced al desórden que la muerte de don Fadrique habia desparcido

en el alcázar, entró en el patio sin que guardias ni centinelas le preguntasen donde iba. Este caballero era Agenor, que acudia á la cita que le habia dado el gran maestre, y que buscando con sus miradas las cortinas de púrpura que aquel le habia indicado como distintivo de sus habitaciones, desapareció en un ángulo de la muralla.

María Padilla le siguió maquinalmente con la vista sin saber quien fuese, hasta perderlo de vista, y volviendo entonces sus miradas de fuera adentro, las fijó en el Rey y en Mothril.

Hablaba el Rey con calor, y por sus ademanes enérgicos, se podia comprender que daba órdenes terribles: un rayo de luz iluminó entonces la mente de doña Maria, y con aquella viva perspicacia familiar á las mugeres, adivinó de qué se trataba.

Entónces se precipitó hácia don

Pedro, en el instante mismo en que éste indicaba á Mothril que se retirase.

—Señor, dijo ella : en un mismo dia no dareis dos órdenes semejantes.

—Con que lo habeis oido ? exclamó el rey poniéndose pálido.

—No ; pero lo he adivinado. Señor, señor, continuó Maria cayendo á los pies del rey : muchas veces me he quejado de ella : otras muchas os he escitado contra ella , pero no la mateis ; porque despues de haberla muerto, me direis tambien como acabais de decirme de don Fadrique , que lo habeis muerto porque yo lo queria.

—María, dijo el rey con aire sombrío, alzaos, no me rogueis porque todo es inútil: todo estaba decidido de antemano. Es preciso ó no haber comenzado ó acabar: ahora, la muerte del uno, lleva en pos de sí la muerte del otro: si no pereciese

mas que don Fadrique, dirian que lo he sacrificado á una venganza particular, y no que ha espiado un crimen.

Doña Maria miraba al rey con espanto, como un caminante que se detiene horrorizado al borde de un abismo.

— ¡Oh! toda esa sangre caerá sobre mí y sobre mis hijos: dirán que mi mano os ha empujado á ese doble asesinato, y sin embargo, ya lo veis, Dios mio, añadió arrastrándose á sus pies: yo le ruego, le suplico que no convierta en espectro mio á esa muger!

— No, no será; porque yo proclamare en alta voz su crimen y mi afrenta: porque haré pública la carta de don Fadrique á su cuñada.

— ¡Y dónde, exclamó doña Maria, donde encontrareis jamás un español que ponga la mano sobre su reina?

— Por eso he escogido un moro,

respondió impasiblemente don Pedro: ¿para qué habian de servir los moros sino para ejecutar lo que no pueden hacer los españoles?

— ¡Ah! esta mañana quise marcharme, exclamó la Padilla, ¿por qué me habré quedado? Pero aun es tiempo: esta noche dejadme huir de palacio: las puertas de mi casa estarán abiertas para vos dia y noche, vos me ireis á ver á mi casa.

— Haced lo que querais, señora, dijo don Pedro, á quien por una estraña vuelta de sus recuerdos aparecia entonces la imágen de la bella mora del pabellon en su voluptuoso adormecimiento, y sus mugeres con los grandes abanicos que la guardaban el sueño: haced lo que querais: estoy cansado de oiros siempre decir que os marchais sin veros marchar nunca.

— Dios mio! exclamó Maria de Padilla, vos sois testigo de que salgo de aquí; porque sin haber demandado

la muerte de don Fadrique, he perdido en vano la vida de la reina doña Blanca.

Y antes que don Pedro hubiese podido oponerse á esta determinacion, abrió rápidamente la puerta y se dispuso á salir. Pero en aquel mismo momento un grande estrépito retumbaba en el palacio: veíanse gentes que sobrecojidas de un pánico terror huian por todos lados: oíanse gritos cuya causa no se podia averiguar, y el terror se cernia con sus grandes alas sobre el palacio.

—Escuchad, dijo Maria, escuchad!

—¿Qué sucede? exclamó don Pedro acercándose á la española, ¿y qué quiere decir todo esto? Responded, Mothril, continuó dirigiéndose al moro que de pie en el extremo opuesto del vestibulo, pálidos y fijos los ojos en un objeto que don Pedro no podia ver, permanecia inmóvil, con una mano sobre el puñal y enjugan-

do con la otra el sudor que bañaba su frente.

—Qué horror! que horror! repitieron cien voces.

Don Pedro, impaciente dió un paso adelante, y en efecto un horrible espectáculo se presentó á su vez á sus atónitos ojos. En lo alto de la anchurosa escalera apareció el perro de don Fadrique herizado como un leon sangriento y terrible; tenia en la boca la cabeza de su amo que arrastraba poco á poco por el pavimento, asida por sus largos cabellos. Delante, y con los horribles gritos que don Pedro habia escuchado, huian la servidumbre y guardias del palacio. Por valiente, por temerario y por insensible que fuese, don Pedro procuró huir: pero sus pies, como los del moro, parecian enclavados en el suelo. El perro continuaba bajando y dejando un ancho rastro de sangre en pos de sí. Al llegar cerca de don Pedro y Mothril

como si hubiese reconocido en ellos á los asesinos , dejó la cabeza en tierra , y lanzó un ahullido tan lastimero que hizo caer desmayada á la favorita y estremecer al Rey, como si el ángel de la muerte le hubiese tocado con sus alas ; volvió á tomar en seguida su preciosa carga y desapareció en el patio.

Otro hombre habia escuchado el ahullido del perro , y era este el caballero armado de punta en blanco que doña María habia visto entrar en el alcázar, y que no pudo menos de santiguarse al escuchar el lúgubre gemido, rogando á Dios no le deparsae niugun mal encuentro. Entonces la nube de servidores que huían espantados atropellándose y lanzando gritos de terror , vino á su vez á llenarle de un estupor que se asemejaba al espanto. El digno caballero se apoyó en un plátano y la mano sobre su daga , vió pasar aquella rápida procesion y descubrió por

fin al perro, y el perro le descubrió tambien, yéndose derecho á él guiado por aquel instinto sutil que le hacia conocer en el caballero al amigo de su amo.

Agenor estaba horrorizado: aquella sangrienta cabeza, aquel perro que se asemejaba á un lobo huyendo con su presa, aquella multitud de criados de amarillento rostro, aquellos gritos ahogados que profesarian, todo tenia el aspecto de uno de los horribles sueños que atormentan á los enfermos devorados por la fiebre. El perro siguió acercándosele con dolorosa alegría, y depositó á sus pies la cabeza llena de polvo; lanzó luego á las bóvedas el ahullido mas fúnebre y penetrante que jamas habia exhalado. Inmóvil de terror, creyó Agenor que sus fuerzas le iban á abandonar; y adivinando por último, parte de lo que acababa de pasar, se bajó, separó con sus manos la cabellera, y aunque ahoga-

dos en las sombras de la muerte, reconoció los ojos dulces y pacíficos de su amigo: su boca estaba serena como en vida, y hubiérase dicho que aquella dulce sonrisa, que le era habitual, brillaba todavía en sus cárdenos labios. Agenor cayó de rodillas: y copiosas lágrimas corrieron por sus mejillas. Quiso recoger la cabeza para cumplir con ella los últimos deberes, y entonces fué cuando se apercibió de que los dientes del desdichado gran maestro mordían fuertemente un pequeño rollo de pergamino: apartólos con su daga; desenvrolló el escrito, y leyó con avidez lo que sigue:

«Amigo mio: no nos engañaban
«nuestros funestos presentimientos:
«mi hermano me mata... Preven á
«la reyna doña Blanca: tambien es-
«tá amenazada: eres ya dueño de mi
«secreto: conserva mi recuerdo.»

—Sí, señor! exclamó el caballero:
¡yo cumpliré religiosamente tu úl-

tima voluntad! ¿Mas cómo saldré de aquí? Ignoro por dónde entré... pierdo el sentido, he perdido la memoria, y mi mano está tan trémula y temblorosa que no acierto á introducir mi daga en la vaina.... se me vá á escapar de las manos.

En efecto, el caballero se levantó pálido, trémulo, casi loco, andando sin ver, tropezando con las columnas de mármol, tendiendo las manos delante de sí, como un beodo que teme romperse la cabeza.

Al fin se encontró en un magnífico jardín lleno de naranjos, de granados y laureles; surtidores de agua descendian en lluvia de argenteria sobre pilones de pórfido: corrió á uno de estos pilones; bebió con avidez, refrescó su frente sumergiéndola en agua fresca y procuró buscar el camino: entonces vislumbró un débil rayo de luz por entre los árboles, que le sirvió de guia; corrió hácia él, y una figura blanca apoyada en

el balaustrado de un balcon le reconoció, exhaló un suspiro y murmuró su nombre. Levantó Agenor la cabeza y vió que una muger le tendia los brazos.

—Aïssa! Aïssa! exclamó el caballero; y desde el jardin pasó al lado de la mora, quien le tendió los brazos con profunda espresion de amor: apartándose luego de repente con sobresalto, dijo:

—¡ Oh, Dios mio! francés, ¿ estás herido?

En efecto, Agenor tenia las manos ensangrentadas, pero en lugar de darla una esplicacion demasiado larga, asióla el brazo con una mano y con la otra le señaló el perro que le habia seguido. A esta terrible aparicion lanzó tambien la jóven un grito agudo que llegó á oidos de Mothril que entraba en el pabellon. Oyeron los jóvenes su voz que pedia luces, y sus pisadas y las de sus siervos que se acercaban.

—Huye, gritó la jóven! huye, te mataría y yo moriría en seguida, porque te amo!

—Aïssa! dijo el caballero, tambien yo te amo, sé fiel, y me volverás á ver.

En seguida estrechando á la jóven contra su corazon é imprimiendo un ósculo en sus labios, bajó la vise-ra del casco, desnudó su larga espada, saltó por la ventana baja y se escapó desgarrando las ramas, y tronchando las flores: en breve se vió fuera del jardin, atravesó el patio, lanzóse fuera de la puerta y asombrado de que nadie hubiese intentado detenerle, descubrió á lo léjos á Musaron firme en su silla, y teniendo en la mano las riendas del arrogante caballo negro que don Fadrique le habia regalado.

Un ronco estertor resonaba siempre en pos del caballero: volvió laá cabeza y lo que vió le explicó facilmente el poco cuidado que habia-

tenido los guardas de las puertas. Seguíale el perro que no habia querido abandonar al único amigo que le restaba. Entre tanto Mothril sobrecogido de horror á los gritos que habia escuchado, entraba en la habitacion de Aïssa. Halló á la jóven pálida y en pié cerca de la ventana: quiso interrogarla, pero ninguna respuesta dió la jóven á sus preguntas. Por último el moro sospechó lo que habia pasado.

—Alguien ha entrado aquí! ¡responde, Aïssa!

—Sí, contestó la jóven; ¡la cabeza del hermano del Rey!

Mothril miró á la jóven con mas atencion, y sobre su blanco vestido vió la señal de una mano sangrienta.

—El francés te ha visto! exclamó el moro exasperado.

Aïssa le miró con altanería, y no le respondió una sola palabra.

CAPITULO V.

De como el bastardo de Mauleon entró en el Castillo de Medina Sldonia.

Al dia siguiente de aquel dia terrible , apenas los primeros rayos del sol iluminaron la cumbre de la sierra de Aracena , Mothril envuelto en su albornoz blanco se despedia del Rey don Pedro en el postrer escalon del alcázar.

— Respondo á V. A. de mi siervo, decia el moro; es el hombre mas apropósito para vuestra venganza, señor: un brazo seguro y rápido y

sobre todo, yo le vigilaré: entre tanto, haced buscar á ese francés, cómplice del gran maestro, y si le habeis á las manos, no haya piedad para él.

—Bien está, dijo don Pedro: vé, y vuelve pronto.

—Señor, respondió el moro, para abreviar la jornada llevaré á mi hija á caballo y no en litera.

—Qué, no la dejas en Sevilla? repuso el Rey. ¿No tiene aquí su casa, sus criadas y esclavas?

—Señor, no puedo abandonarla. A donde quiera que vaya, es menester que me siga. Es mi único tesoro, y debo velar por él.

—Ah! ah! moro, ¿te acuerdas de la historia del Conde don Julian y de la bella Florinda?

—Debo recordarla, respondió Motril; porque á ella debemos los moros el haber entrado en España, y por consecuencia el honor de ser yo consejero de V. A.

—Pero, repuso don Pedro, nunca me habias dicho tú, que tuvieses una hija tan hermosa.

—Es verdad, dijo el moro; mi hija es muy hermosa.

—Tan hermosa, que la adoras de rodillas, ¿no es cierto?

Mothril fingió mucha turbacion al escuchar estas palabras.

—Yo, señor! ¿quién ha podido decir semejante cosa á V. A. ?.....

—Nadie me lo ha dicho, pero yo lo he visto: respondió el Rey. Esa jóven no es hija tuya.

—Ah! señor, dijo Mothril, no va-
yais á creer que sea mi muger ó mi
querida.

—Pues entonces qué es?

—Algun dia lo sabrá el Rey; pe-
ro entretanto debo cumplir las ór-
denes de V. A.

Y pidiendo permiso á don Pedro,
partió.

En efecto, la jóven, cubierta de
la cabeza á los pies con su inmenso

velo blanco, que no dejaba verla mas que sus grandes ojos negros y arqueadas cejas, formaba parte de la comitiva del moro; pero este último mentia cuando afirmó que debía acompañarle todo el camino, porque á dos leguas de Sevilla se desvió algun tanto de su camino y la puso en seguridad en el palacio de una mora rica, en la que tenia mucha confianza.

En seguida, metiendo espuelas á su caballo ganó el tiempo que habia perdido.

En breve atravesó el Guadalete por el mismo sitio en que se dió aquella famosa batalla que duró siete dias, y entre Tarifa y Cadiz vió el castillo de Medina-Sidonia, elevarse en los aires envuelto en aquella nube de tristura que rodea la morada de los prisioneros.

Largo tiempo hacia que una jóven rubia y palida vivia allí acompañada de una sola muger: las guardias

se multiplicaban en torno suyo como si tuviesen que custodiar el reo mas peligroso, é implacables miradas la seguian incesantemente, cuando echada de pecho en la ventana cerrada con rejas de hierro, interrogaba el espacio con una mirada melancólica, suspirando por su libertad y siguiendo las olas infinitas y sin cesar renovadas del inmenso Océano.

Era esta prisionera Blanca de Borbon, muger de don Pedro, desdeñada por él desde la primera noche de sus bodas. La desgraciada se consumia poco á poco en los pesares de haber sacrificado á ese vano fantasma del honor el dulce porvenir que habia visto brillar en los azules ojos de don Fadrique.

Cuando la pobre mujer veia pasar por el campo las muchachas que venian de vendimiar las viñas de Jerez y de Marbella, cuando oia los cánticos de sus amantes que las acom-

pañaban ó salian á recibirlas , su razon se inchaba , y brotaban llanto sus ojos , y ella tambien pensando que hubiera podido nacer léjos del trono y libre como una de aquellas jóvenes vendimiadoras de tez morena , recordaba una imágen querida , murmurando en voz baja un nombre que habia pronunciado muy á menudo.

Desde que Blanca de Borbon estaba prisionera en Medina-Sidonia , parecia el castillo un lugar maldito : los guardas alejaban de él á los viajeros reputados muchas veces por cómplices , ó cuando menos por amigos . No tenia la reina mas que un solo momento de libertad ó mas bien de soledad cada dia , y era á la hora de la siesta , cuando el sol ardoroso concitaba al sueño de los centinelas que avergonzados de que tantas precauciones se tomasen para guardar á una muger , apoyados en sus lanzas , se dormian á la sombra de al-

gun plátano frondoso ó de alguna blanca muralla.

Bajaba entonces la reina á la plataforma que caía sobre el foso lleno de agua corriente, y si veía á lo lejos algún viajero, esperando grangearse un amigo que fuese á dar noticias suyas al Rey Carlos, tendía hácia él sus brazos en ademan suplicante.

Pero ninguna persona habia acudido al llamamiento de la prisionera.

Cierto dia, sin embargo, ¡vió venir por el camino de Arcos dos caballeros, uno de los cuales, á pesar de que el sol, como un globo de fuego caía á plomo sobre su casco, parecia ir á sus anchas armado de punta en blanco: llevaba tan gallardamente su lanza, que á primera vista se dejaba conocer que era un bizarro caballero. Apenas le descubrió la reina doña Blanca, cuando fijó en él sus miradas, sin ser dueña de apartarlas un solo instante. Adelantábase el paladin á escape en un vigo-

roso caballo negro , y aunque al parecer venia de Sevilla con direccion á Medina-Sidonia , y no obstante que los mensajes que de allí le hubiesen venido fuesen todos de dolor , experimentó la reina Blanca, sin embargo, un sentimiento de alegría mas bien que de temor , al descubrir al caballero.

Este al verla se detuvo.

Un vago sentimiento de esperanza hizo palpar entonces el corazon de la prisionera : acercóse á las almenas , hizo la señal de la cruz, y cual solia , juntó sus manos.

Al punto el desconocido espoleando su caballo subió hácia la plataforma á galope tendido.

Un ademan de terror de la Reyna le designó el centinela que dormia recostado en el tronco de un sicomoro.

Echó pié á tierra el caballero , hizo una señal á su escudero para que se le acercara y habló con él algunos instantes en voz baja. El escudero

condujo los dos caballos detrás de un peñasco que los ocultaba á la vista, y volviendo luego á reunirse á su señor ambos treparon hasta unos matorrales de arrayanes y lentiscos á donde llegaba la voz de la plataforma.

El digno caballero, que á semejanza de Carlo Magno en su vida pudo hacer con la pluma otros signos que no fuesen semejantes á espadas ó puñales, mandó á su escudero escribiese sin tardanza, con un lápiz que este último mas letrado llevaba siempre consigo, algunas palabras en un guijarro plano.

Hizo luego señal á la Reyna de que se alejase un poco, porque iba á tirar el guijarro á la plataforma.

En efecto, con robusto brazo despidió la piedra que hendiendo el aire cayó á algunos pasos de la Reyna. Al ruido el centinela que dormia abrió los ojos, pero no viendo á nadie á su alrededor mas que á la Reyna inmó-

vil y desolada como tenia costumbre de verla , volvió á cerrar sus ojos deslumbrados y se durmió de nuevo.

La Reyna cojió el guijarro y leyó estas palabras:

— «¿Sois vos la desgraciada Reyna doña Blanca, hermana de mi Rey?»

— La respuesta de la Reyna fué un movimiento sublime de dolor y de magestad : cruzó los brazos sobre su pecho , hizo de arriba á bajo una señal afirmativa con la cabeza , y dos gruesas lágrimas corrieron hasta sus pies.

El caballero se inclinó respetuosamente, y dirigiéndose á su escudero , que estaba ya provisto de otro guijarro, para una segunda carta, le dijo:

— Escribe lo que voy á dictarte.

«Señora: ¿podeis estar en esa plataforma esta noche á las ocho? Tengo que entregaros una carta de don Fadrique.»

El escudero obedeció.

El segundo billete llegó tan felizmente como el primero. Doña Blanca hizo un movimiento de alegría: reflexionó luego largo rato, y respondió:

— No.

Lanzó el caballero otra piedra.

¿Hay algún medio de llegar hasta donde vos estais? preguntaba.

La Reyna obligada á suplir con el gesto la voz que pudiera despertar al centinela ó la escritura que su débil brazo no hubiera podido lanzar al otro lado del foso, indicó un sicomoro por donde podia treparse á la muralla, y luego una puerta que desde la muralla conducia á la torre en que moraba.

El caballero se inclinó: todo lo habia comprendido.

En aquel momento el soldado se despertó y comenzó á pasearse.

El caballero permaneció oculto algun tiempo, y despues aprovechán-

dose de un momento en que el centinela le volvía las espaldas, se deslizó con su escudero detrás del peñazco, donde estaban los caballos.

— Señor, dijo el escudero, hemos emprendido una obra difícil: ¿porqué de buenas á primeras no habeis enviado el billete del gran maestro á la Reyna? á fé que yo no hubiera desperdiciado la ocasion.

-- Porque una casualidad podia hacer que el viento se lo llevase, y si el billete se perdía, la Reyna no me hubiera creído. Hasta la noche, pues, y hagamos de modo que podamos llegar á la plataforma sin ser vistos del centinela.

Llegó la noche, y Agenor no habia discurrido aun medio alguno de penetrar en la fortaleza. Serian ya las siete y media.

Agenor queria entrar, á ser posible sin violencia, ó mas bien por astucia que por fuerza; pero Musaron, cual tenia de costumbre, era de pa-

recer diametralmente opuesto al de su amo.

—De cualquier modo que lo pongais, decia, siempre tendremos que combatir y matar. Así, pues, vuestros escrúpulos no son legítimos. Matar será siempre matar, y tan pecado es matar á las siete y media como á las ocho de la noche. Sostengo, pues, que de todos los proyectos que se os ocurren el mio me parece el mas razonable.

—¿ Y cuál es ?

—Vais á verle precisamente: el centinela es un moro villano, un perro descreido que pone los ojos en blanco como si estuviese ya con medio cuerpo dentro de las llamas del infierno, en que tarde ó temprano se ha de ver ardiendo. ¿ Quereis, decir un *In manus* y bautizar mentalmente á ese infiel ?

—Y qué resultado tendrá eso, preguntó Agenor.

—El único de que debemos cui-

darnos en este instante. Matamos su cuerpo, pero salvamos su alma.

El caballero no comprendía todavía bien el medio que Musaron se proponía emplear. Sin embargo, tenía mucha confianza en la imaginación de su escudero que más de una vez había podido apreciar: accedió á su demanda y se puso en oración. Mientras tanto Musaron, con la misma tranquilidad que si tirase al blanco, alzó su ballesta, apuntó al moro, y casi al mismo tiempo se oyó un agudo silvido. Agenor que no quitaba los ojos del centinela, advirtió que su turbante oscilaba, que tendía los brazos y que se doblaba sobre sus pies; vióle abrir la boca como si quisiera gritar, pero ningún sonido salió de su garganta sofocada por la sangre, y sostenido por la muralla contra la que estaba apoyado, permaneció casi derecho y enteramente inmóvil.

Agenor se volvió hácia Musaron

que con la sonrisa en los lábios, se colgaba la ballesta con la que en aquel mismo instante acababa de apuntar al corazón del moro.

—Ya veis, señor, dijo Musaron que hay dos ventajas en lo que acabo de hacer; primera, enviar á pesar suyo un infiel al paraíso, y segunda, impedirle que nos dé el *quien vive*: ahora, pues, marchemos: ningún obstáculo tenemos, la plataforma está sola, desierta, y el camino libre.

Saltaron ambos el foso, que lo pasaron á nado. El agua se deslizaba por la armadura del caballero, como por las escamas de un pez. En cuanto á Musaron, precavido como siempre, y cuidadoso de sí mismo se quitó sus vestidos y haciendo de ellos un lio se lo puso en la cabeza. Apenas llegaron al pie del sicomoro volvióse á vestir, mientras su amo dejaba correr el agua por todas las aberturas de la coraza, y trepau-

do luego á las ramas del árbol, llegó el primero á lo alto de la copa que estaba á la misma altura que las almenas.

—Qué es lo que alcanzas á ver? preguntó Mauleon.

—Nada, respondió el escudero, como no sea la puerta que nadie guarda y que vuesa merced podrá desquiciar de un par de hachazos.

Mauleon habia llegado á la misma altura que su escudero, y por lo tanto pudo asegurarse de la verdad: el camino estaba libre y la puerta indicada, que se cerraba por la noche, era el único obstáculo para llegar desde la plataforma á la habitacion de la cautiva.

Con el filo de su hacha introduciendo entre las piedras y la puerta, Agenor, conforme su escudero le habia dicho, hizo saltar la cerradura y luego dos cerrojos.

Abrióse al fin la puerta, delante la cual se presentaba una esca-

lera de caracol que servia de salida falsa á los aposentos de la Reyna, que tenian su entrada principal por el patio: en el primer piso encontraron una puerta á donde llamó el caballero tres veces sin que nadie le respondiese.

Receló Agenor que la Reyna temiese alguna sorpresa.

—No tengais miedo, señora, somos nosotros.

—Ya os he oido, dijo la Reyna; pero ¿me hareis traicion?

—Tan lejos estoy de eso, respondió Agenor, que quebranto estas puertas para que huyais: acabo de matar al centinela: volveremos á atravesar el foso que será obra de un instante, y dentro de un cuarto de hora sereis libre y os hallareis en mitad del campo.

—Pero teneis la llave de esta puerta? preguntó la Reyna. Estoy encerrada

Agenor por toda respuesta ejecu-

tó la misma maniobra que tan bien le habia salido en la puerta baja, y al cabo de un minuto giró tambien sobre sus goznes la de la Reyna como la primera.

— Gracias, Dios mio! exclamó la Reyna al ver á sus libertadores, pero, añadió con trémulo y casi ininteligible acento: ¿y don Fadrique?

— Ay, señora! dijo pausadamente Agenor poniendo una rodilla en tierra y presentando á la Reyna el pergamino; preguntais por don Fadrique; hé aquí su carta!

Doña Blanca leyó el billete al débil resplandor de una lámpara.

— Pero está perdido! exclamó; este billete es el último á Dios de un moribundo!

Agenor no respondió.

— Por Dios, por la amistad que profesais al gran maestro, continuó la Reyna, decidme si es muerto ó vivo!

En cualesquiera de los dos casos ya lo veis, señora, don Fadrique os manda huir.

— Pero si no existe, exclamó la Reyna, ¿ por qué he de huir? Si él ha muerto ¿ por qué he de vivir yo?

— Para obedecer su última voluntad, y demandar venganza en vuestro nombre y en el suyo al Rey de Francia vuestro hermano.

Abriose á la sazón la puerta interior del aposento y entró la nodriza de Blanca, que la habia acompañado desde Francia: venia pálida y azorada.

— Señora, dijo al entrar, el castillo se va llenando de soldados que llegan de Sevilla y dicen que un mensajero del Rey quiere hablaros.

— Venid, señora, dijo Mauleon, no tenemos tiempo que perder.

— Todo lo contrario, dijo la Reyna, si no se me hallase aquí en este momento, correrian tras de nosotros é infaliblemente nos alcanza-

rian: vale mas que yo reciba á ese enviado, y cuando quede tranquilo al verme y hablarme huiremos en seguida.

—Pero, señora, repuso el caballero, ¿si viene encargado de órdenes funestas y entra aquí con intenciones siniestras?

—Por él sabré si es muerto ó vivo don Fadrique, repuso la Reyna.

—Pues bien, señora! interrumpió el caballero, si quereis recibir á ese hombre por ese único motivo, tiempo es ya de deciros la verdad: ¡ay! ¡ha muerto!

—Si ha muerto, contestó la Reyna, ¿qué me importa entonces lo que este hombre venga hacer aquí? Pensad en vuestra seguridad, señor de Mauleon, esto es todo cuanto deseo; y luego volviéndose á su nodriza continuó: podeis decir al mensajero que os sigo.

El caballero quiso detener á doña Blanca, mas esta le impuso obe-

diencia con ademan de Reyna , y salió del aposento.

— Señor , dijo Musaron , si me creyéis dejaríamos á la Reyna arreglar sus negocios como Dios le diese á entender , y pensaríamos en volver atrás. Vamos á perecer aquí miserablemente: me lo está dando el corazón ; dejemos para mañana la huida de la Reyna , y desde luego...

— Silencio , dijo el caballero , la Reyna quedará libre esta noche ó yo pereceré.

— Entonces , señor , dijo el prudente Musaron , volvamos á cerrar las puertas para que nadie advierta nada. Si vienen á la plataforma , se encuentran con el cadáver del moro....

— Tíralo al agua.

— No es mala idea , pero buena á lo mas para una hora sola ; porque el testarudo vendrá luego á flotar en el agua.

— Una hora es la vida en ciertas

ocasiones ; dijo el caballero , *ve.*

—Yo quisiera á un tiempo , señor , marcharme y quedarme aquí : si no me voy pueden descubrir al moro , y si me voy , temo que os suceda alguna desgracia en el único instante que os deje solo.

—Y qué quieres que me suceda teniendo mi espada y mi daga ?

—Hum ! hum !

—Marcha pronto ; estás perdiendo tiempo.

—Musaron dió tres pasos hácia la puerta , pero se detuvo de pronto.

—Ah ! señor ! dijo , oís una cierta voz ?

En efecto , el ruido de algunas palabras pronunciadas en voz alta , llegó á sus oídos ; el caballero escuchaba atentamente , y dijo :

—Sí , parece la voz de Mothril , pero no , es imposible !

—Señor , nada es imposible para los moros que tienen á su disposición el infierno y la magia , re-

puso Musaron lanzándose hacia la puerta con una rapidez que demostraba sus deseos de respirar el aire libre.

—Si es Mothril, razon de mas para que tratemos de entrar en donde está la Reyna, dijo Agenor, porque si es Mothril, la Reyna está perdida.

E hizo un movimiento para seguir su generosa inspiracion.

—Señor, repuso Musaron, deteniéndole: ya sabeis que no soy cobarde, sino solo prudente, de lo que me vanaglorio; pues bien, esperad siquiera algunos minutos, buen señor, y despues os seguiré al infierno si quereis.

—Aguardemos, repuso el caballero, tal vez tienes razon.

Entretanto la voz seguia siempre hablando, aunque poco á poco iba bajando de tono: por el contrario, la Reyna que hasta entónces habia hablado en voz baja, cada vez iba

tomando su acento mayor energía. Después de esta especie de diálogo extraño, sucedió un corto silencio, y luego un terrible grito.

Agegor no pudo contenerse y se abalanzó al corredor.

CAPITULO VI.

Como Blanca de Borbon encargó al Bastardo de Mauleon que llevase un anillo á su hermana la Reina de Francia.

He aquí lo que habia pasado, ó por mejor decir lo que estaba pasando en el cuarto de la Reina.

Apenas Blanca de Borbon habia atravesado el corredor, que conducia á su habitacion interior siguiendo á su nodriza, cuando se oyeron en la escalera principal de la torre sordas pisadas de muchos soldados.

Detuviéronse estos en los pisos inferiores, y dos hombres continua-

ron subiendo: uno de ellos se detuvo en el corredor, mientras que el otro continuó su camino hasta la cámara de la Reina.

Llamó en seguida á la puerta.

—Quién es? preguntó temblando la nodriza.

—Un soldado que viene de parte del Rey don Pedro á traer un mensaje para doña Blanca.

—Abre, dijo la Reina.

Abrió en efecto la nodriza, y retrocedió al aspecto de un hombre de alta estatura, cubierto con una cota de malla, y envuelto además en un albornoz blanco, cuya capucha le cubria la cabeza, y cuyos pliegues le ocultaban las manos.

—Retiraos, buena nodriza, dijo con ese leve acento gutural, que distinguia aun á los moros mas prácticos en el idioma castellano, retiraos, tengo que hablar con vuestra señora sobre asuntos muy importantes.

La primera intencion de la nodriza fue la de quedarse á pesar de la insinuacion del soldado ; pero la señora á quien interrogó con sus miradas le hizo señal de que se fuese, y obedeció. Mas al pasar por el corredor se arrepintió muy pronto de su obediencia, porque vió de pié y silencioso, recostado contra la pared, otro soldado que estaba sin duda dispuesto á ejecutar las órdenes del que habia entrado en el cuarto de la Reyna.

Apenas la nodriza hubo pasado delante de este hombre, y se vió separada de su ama por aquellos estranos mensajeros y por una muralla imposible de superar, cuando comprendió que Blanca estaba perdida.

Por lo que hace á ésta tranquila y silenciosa, como solia, se adelantó hácia el pretendido soldado, mensajero del Rey, que bajó la cabeza como si temiese ser conocido.

—Estamos ya solos, hablad, di-

jo la Reyna.

—Señora, respondió el desconocido; el rey sabe que teneis correspondencia con sus enemigos, lo cual es un crimen de lesa Magestad.

—Y esa noticia la sabe el Rey desde hoy solamente? respondió la Reyna sin perder su calma y magestad: sin embargo creo que hace tiempo que estoy sufriendo el castigo de ese crimen que pretende no haber conocido hasta hoy.

El soldado levantó la cabeza y contestó:

—Señora, por esta vez no habla el rey de los enemigos de su trono, sino de los de su honra: nadie debe sospechar de la conducta de la Reyna de Castilla, y sin embargo ella ha dado margen al escándalo.

—Cumplid vuestro encargo, dijo la Reyna, y salid cuando háyais acabado.

El soldado guardó un instante de silencio, como si hubiese titubea-

do en pasar mas adelante , al fin dijo:

— Sabeis la historia de don Gutierre?

— No , contestó la Reyna.

— Pues es muy reciente , y ha hecho mucho ruido.

— Precisamente las cosas recientes son las que yo ignoro , respondió la prisionera , pues por grandes que sean los rumores , dificilmente penetran las murallas de este castillo.

— Pues bien , os lo voy á contar , replicó el mensajero.

Obligada la Reyna á escucharle , permaneció en pié , resignada y silenciosa.

— Don Gutierre , dijo el mensajero , se habia casado con una muger jóven , hermosa , de unos diez y seis años , precisamente la edad que tenia V. A. cuando se desposó con el Rey don Pedro.

No se dió por entendida la Reyna de esta alusion tan directa.

—Esta muger, continuó el soldado, antes de ser la señora de Gutierre se llamaba doña Mencia, y con este nombre habia amado á un caballero que era el hermano del Rey, el conde don Enrique de Trastámara.

La Reyna se estremeció.

Una noche, al volver don Gutierre á su casa halló á su esposa trémula y sobresaltada; preguntó la causa, y ella le contestó que creia haber visto un hombre escondido en su aposento: cogió don Gutierre una antorcha, registró, pero tan solo pudo hallar un puñal tan primoroso que conoció no podia pertenecer á un simple hidalgo.

En la hoja estaba grabado el nombre del fabricante, al que fué á preguntar si se acordaba á quien habia vendido el puñal.

—Al infante don Enrique, hermano del Rey don Pedro, contestó el armero.

Don Gutierre sabía todo lo que quería saber. No pudiendo vengarse del príncipe don Enrique porque era un franco castellano lleno de respeto y de veneración hacia sus príncipes, y por grande que fuese la ofensa que se le había hecho, no podía resolverse á teñir sus manos en sangre real.

Pero doña Mencía era hija de un simple hidalgo; podía, pues, vengarse de ella, y se vengó.

—De qué manera? preguntó la Reyna arrastrada por el interés que le inspiraba la narración de aquella aventura que tanta relación tenía con la suya.

—Oh! de una manera muy sencilla, dijo el mensajero. Fué á esperar á su puerta á un pobre cirujano llamado Ludovico, y al entrar este en su casa le puso el puñal en el pecho, le vendó los ojos, y se lo llevó á su casa.

Al llegar á su habitación, le qui-

tó la venda, y pudo ver á una muger que estaba en el lecho con dos cirios encendidos, el uno á la cabecera y el otro á los pies, como si estuviera ya difunta: el brazo izquierdo sobre todo, lo tenia tan fuertemente amarrado á la cama, que por mas esfuerzos que hacia, no pudo soltarlo: el cirujano estaba atónito, y no comprendia nada de aquel espectáculo.

—Sangrad á esa muger, dijo don Gutierre, y dejad correr la sangre hasta que muera.

Resistíase el cirujano, pero como sintiese el puñal de don Gutierre traspase ya su jubon y tocase con la punta su pecho, no tuvo mas remedio que obedecer. Aquella misma noche, un hombre pálido y ensangrentado se arrojó á los pies del Rey don Pedro:

—Señor, le dijo, esta misma noche me han hecho ir con los ojos vendados y el puñal á la garganta,

á una casa, donde por fuerza me han obligado á sangrar una muger, y dejar correr la sangre hasta que estuvo muerta.

—Y quién ha sido? preguntó el Rey? cuál es el nombre del asesino?

—Lo ignoro, respondió Ludovico, pero sin que nadie me viese he metido mi mano en la jofaina y al salir, como si fuese á dar un traspies, me he apoyado en la puerta con mi mano ensangrentada. Señor, haced que busquen, y la casa en cuya puerta haya una mano pintada de sangre, esa será la del culpable.

El Rey don Pedro mandó llamar al asistente de Sevilla y recorrió con él la ciudad hasta que encontró la terrible marca: entonces llamó á la puerta y don Gutierre bajó en persona á abrirla, porque desde su ventana habia reconocido á su ilustre huésped.

—Don Gutierre, dijo el Rey, ¿en

dónde está doña Mencía?

—La vais á ver, señor, respondió el español.

Y condujo al Rey á la estancia donde los cirios ardian aun, y la jofaina estaba todavia rebosando sangre y humeante.

—Señor, dijo, he ahí lo que vuestra alteza busca.

—Qué te ha hecho esta muger? preguntó el Rey.

—Me habia hecho traicion, señor.

—Y porqué te has vengado en ella, y no en su cómplice.

—Porque su cómplice es el príncipe don Eurique de Trastamara, hermano del Rey don Pedro.

—Tienes pruebas de lo que acabas de decir.

—Mirad, señor, el puñal del príncipe, que lo ha dejado caer en el cuarto de mi muger, en el cual lo he encontrado yo al entrar.

—Está bien, dijo el Rey; manda enterrar á doña Mencía, y limpia la

puerta de tu casa, en la cual se ve una mano ensangrentada.

—No, señor, contestó don Gutierre: los hombres que ejercen un oficio público, ponen á la puerta de su casa el signo representativo de su profesion: yo soy el médico de mi honra, y esta mano ensangrentada será mi muestra.

—Sea así, dijo don Pedro; permanezca á la puerta de tu casa; y si te casas segunda vez, ella enseñará á tu segunda muger el respeto y fidelidad que debe á su marido.

—Y no hizo nada mas? preguntó doña Blanca.

—Sí, señora, contestó el mensajero: apenas entró en el alcázar el Rey don Pedro desterró al infante don Enrique.

—Y qué relacion tiene esa historia, preguntó la Reyna? ¿en qué me parezco yo á doña Mencía?

—En que como ella habeis hecho traicion á la honra de vuestro espo-

so, respondió el soldado, y en que así como don Gutierre, cuya conducta aprobó y le concedió su gracia, el Rey don Pedro ha hecho justicia de vuestro cómplice.

—De mi cómplice! ¿qué quieres decir, soldado? murmuró Blanca, á quien estas palabras trageron á la memoria el billete de don Fadrique y sus pasados terrores.

—Quiero decir, que el gran maestro ha sido muerto, respondió friamente el soldado, ajusticiado por el crimen de traicion á la honra de su monarca, y que siendo vos culpable del mismo crimen, debeis prepararos tambien para morir.

Blanca quedó helada, no por el anuncio de su muerte, sino por la noticia de la muerte de su amante.

—¡Muerto! esclamó! ¿con que es verdad que ha muerto?

La voz humana mas hábil no podría acentuar estas palabras con el terror y desesperacion con que Blan-

ca las pronunció.

—Sí, señora, repuso el soldado moro, y he traído conmigo treinta soldados para escoltar el cadáver de la Reyna desde Medina-Sidonia á Sevilla, y para tributarle, aunque culpable, los honores debidos á su rango.

—Soldado, dijo la Reyna, ya te he dicho que el Rey don Pedro era mi juez, y que tú eres solamente mi verdugo.

—Está bien, señora, dijo el moro. Y sacó de su bolsillo un cordon de seda largo y flexible, y en una de sus puntas hizo un nudo corredizo.

A vista de tan fria crueldad, se exasperó la Reyna.

—Oh! exclamó, ¿cómo ha podido encontrar el Rey don Pedro en toda su monarquía un español que aceptase tan infame encargo?

—Yo no soy español: soy moro! dijo el soldado levantando la cabe-

za y echando atrás la capucha blanca del albornoz que le ocultaba el semblante.

—Mothril! exclamó la Reyna, Mothril, el azote de España!

—Hombre de sangre ilustre, señora, repuso el moro sonriéndose, y, que no deshonrará la cabeza de su Reyna al tocarla con sus manos.

Y dió un paso hácia Blanca con el fatal cordon en las manos: el instinto de la vida hizo que la Reyna diese otro paso atrás huyendo del asesino.

—Oh! no me matareis así, sin confesion! exclamó doña Blanca.

—Señora, repuso el feroz mensajero, no necesitais confesaros puesto que vos decís sois inocente.

—Miserable! que te atreves á insultar á tu Reyna antes de ahorcarla.... Oh cobarde! ¡ que no tuviese yo aquí alguno de mis valientes franceses para defenderme!

—Sí, dijo Mothril, soltando una carcajada; pero desgraciadamente vuestros valientes franceses están del otro lado de los Pirineos, y á menos que vuestro Dios no haga algun milagro....

—Mi Dios es grande! gritó doña Blanca, venid caballero, venid!

Y se precipitó hácia la puerta; pero antes que hubiese llegado al umbral le arrojó Mothril el cordon que se detuvo en sus espaldas. Entonces tiró de la otra punta, y al sentir la Reyna aquel frio collar que le apretaba la garganta, lanzó el lamentable grito, que hizo olvidar á Mauleon los consejos del escudero, y lanzarse hácia el punto donde salia la voz de su Reyna.

—Socorro! socorro! gritó la jóven con voz medio ahogada, forcegeando y revolviéndose en el pavimento.

—Llama, llama, dijo el moro, apretando mas y mas la lazada, que

con ambas manos crispadas tenia asida la infeliz prisionera. Llama, y veremos quien viene á tu socorro, tu Dios ó tu amante.

De improviso se oyó un ruido de espuelas en el corredor, y en el umbral de la puerta apareció el caballero ante los ojos atónitos del moro.

Exhaló la Reyna un gemido mezclado de alegría y de dolor: Agenor levantó su espada, pero Mothril con brazo vigoroso asió á la Reyna obligándola á levantarse y haciendo un broquel con su cuerpo.

Los gemidos de la desdichada se habian trocado en un resuello sordo y comprimido: el dolor le hacia retorcer los brazos, y sus labios estaban amoratados.

—Kebir! gritó Mothril en lengua arábica, Kebir, socorro!

Y se cubrió á un mismo tiempo con el cuerpo de la Reyna, y con una de esas temibles cimatarras cu-

ya curva interior agarrando una cabeza, la arrancan y hacen volar, como la hoz del segador las espigas.

—Ah! perro, exclamó Agenor, quieres matar á una francesa!

Y por encima de la cabeza de la Reyna trató de herir al moro.

Pero en aquel instante se sintió asido por la cintura y encorvado hácia atrás por los brazos de hierro de Kebir.

Volvióse entonces contra éste nuevo adversario, pero con este movimiento perdió un tiempo precioso. La Reyna cayó sobre sus rodillas; ya no gritaba, ya no gemia, ya no resollaba; parecia que estaba muerta.

Kebir buscaba con ávidas miradas un sitio por donde poder sepultar su puñal que tenia entre los dientes.

Esta escena fue tan rápida como el relámpago: no duró mas tiempo que

el preciso, para que Musaron siguiendo á su amo llegase á la cámara de la Reyna.

Llegó por fin.

El grito que lanzó al ver lo que pasaba, hizo conocer á Agenor el inesperado refuerzo que le habia llegado.

—Salva primero á la Reyna, gritó el caballero, sujeto siempre por el robusto Kebir.

Siguióse un momento de silencio; un agudo silvido pasó por los oídos de Mauleon, y vió luego que el moro aflojaba los brazos.

La flecha lanzada por la ballesta de Musaron acababa de traspasarle la garganta.

Corre á la puerta! gritó Agenor, corta toda comunicacion: yo voy á matar á este asesino.

Y librándose del cadáver de Kebir que cayó sordamente sobre el pavimento, dió un salto hácia Mothril; y antes que tuviese tiempo de le-

vantarse y ponerse en guardia, le sacudió un tajo tan violento, que su pesado acero corto la fuerte malla de hierro que defendia su cabeza y penètró en el cráneo. Los ojos del moro se obscurecieron; negra y espesa sangre inundó su barba, y cayó sobre la Reyna doña Blanca, como si en sus últimas convulsiones quisiese aun sofocar á su víctima.

Separó Agenor el cadáver del moro de un puntapié, é inclinándose hácia la Reyna, soltó rápidamente la lazada, casi del todo hundida en la carne: un largo suspiro indicó únicamente que la Reyna no habia muerto aun, pero todo su cuerpo parecia ya paralizado.

—Victoria, victoria! gritó Musaron; coged á la señora por los hombros: yo la tomaré por los pies, y vamos á sacarla de aquí.

Como si la Reyna hubiese oido estas palabras, como si quisiese auxiliar á su libertadores, se levantó

por un movimiento convulsivo, y la vida tornó á sus labios.

—Es inútil.... inútil, dijo... dejadme: estoy casi espirando... Ven-ga una cruz!; que muera besan-do el símbolo de nuestra reden-cion.

Agenor le dió á besar la empuña-dura de su espada, que formaba una cruz.

—¡Ay de mí! dijo la Reyna; ape-nas he descendido del cielo, quan-do vuelvo á subir.... me vuelvo al lado de las virgenes, mis compañe-ras. Dios me perdonará, porque he amado mucho, y he sufrido mucho!

—Venid, venid! dijo el caballe-ro, todavia es tiempo, nosotros os salvaremos.

Blanca cogió la mano de Age-nor.

—No, no, dijo, todo se acabó pa-ra mí. Habeis hecho cuanto es po-sible hacer en favor mio. Huid... de-jad la España, volved á Francia,

buscad á mi hermana , contadle todo lo que habeis visto, y que ella nos venga. Yo voy á decirle á D. Fadrique, qué amigo tan fiel y noble sois.

Y sacando de su dedo un anillo que puso en manos del caballero , continuó:

--Entregad este anillo á mi hermana: es el mismo que me dió en el momento de mi partida, en nombre de su marido el Rey Cárlos.

Y alzando los ojos segunda vez hácia la cruz de la espada de Agenor, espiró en el momento mismo en que sus lábios la tocaban.

—Señor, exclamó Musaron con el oído atento al corredor; ya vienen! corren! y son muchos.....

—Es preciso que no encuentren el cuerpo de mi Reyna confundido con los de sus verdugos, dijo Agenor: ayúdame, Musaron.

Y cogiendo el cadáver de Blanca lo sentó magestuosamente en un sillón de madera tallada poniendo

sus pies sobre la sangrienta frente de Mothril, como los pintores y escultores ponen las plantas de la virgen sobre la quebrantada cabeza de la serpiente.

—Y ahora marchemos, dijo Agenor, si es que no estamos sitiados.

Dos minutos despues, los dos franceses estaban ya bajo las bóvedas del cielo: volvieron á descender por el sicomoro, viendo el cadáver del centinela en la misma actitud y siempre sostenido por las almenas, contra las cuales estaba apoyado y que parecia vigilar aun con sus grandes ojos abiertos y sin vista, que habia olvidado de cerrar la muerte.

Ya estaban al otro lado del foso, cuando el resplandor de las antorchas y los gritos que resonaban en el castillo, les dió á conocer que el secreto de la torre estaba descubierto.

CAPITULO VII.

En que se refiere como el Bastardo de Mauleon partió para Francia y lo que le sucedió en el camino.

Agenor tomó para volver á Francia casi el mismo camino que habia traído á su venida á España. Solo, y por consiguiente no inspirando temores, pobre y por consiguiente no inspirando envidia, creia poder llevar á cabo felizmente la comision que su Reyna le habia encargado al espirar.

Sin embargo tampoco se fiaba mucho en el camino. Debía en primer

lugar huir como de la peste de los leprosos, los cuales, segun se decia, envenenaban las fuentes con una mistura de cabellos grasientos, cabezas de culebras y patas de sapos.

Despues, de los judios aliados á los leprosos, canalla dispuesta á todo cuanto pudiese traer males y perjuicios á los cristianos.

Luego, del Rey de Navarra, enemigo del de Francia y por consiguiente de los franceses.

Tambien de los *jacques*, que despues de escitar el encono del pueblo contra la nobleza, habian logrado al fin dirigir sus tiros contra esta última.

Despues, de los ingleses que habian venido á ocupar traidoramente los mejores lugares de la parte mas hermosa de Francia, como Bayona, Burdeos, el Delfinado, la Normandía, la Picardia y hasta los arrabales del mismo París; y por último debia huir de las grandes combates.

ñias de aventureros, reunion heterogénea que reasumia todo lo espuesto, y descargaba incesantemente contra los peregrinos, contra la propiedad, contra los habitantes, contra la hermosura, el poder y la riqueza, un contingente siempre hambriento de leprosos, judios, navarros, ingleses y jacques, sin contar las demas comarcas de la Europa que parecia haber abastecido á cada una de las partidas que recorrian y asolaban la Francia, con la parte mas ruin y mas infame de su poblacion. En estas cuadrillas habia hasta árabes, que solo por espíritu de contradiccion se habian hecho cristianos, cosa que les era permitida, puesto que los cristianos solian por su parte convertirse en musulmanes.

A parte de estos leves inconvenientes, de que no hemos presentado aquí mas que un ligero programa, podia viajar Agenor, y asi lo hacia, con la mayor tranquilidad

del mundo.

Era para el viajero de entonces una obligacion el estudiar, seguir é imitar las evoluciones de esos pajarillos llamados Perico-ligeros que no dan el menor salto, vuelo ni movimiento, sin volver rápidamente la cabeza hácia los cuatro puntos cardinales, á ver si divisan ya el cañon de una escopeta, ya una red, ya una onda, ya algun perro, niño ó azor.

Musaron era uno de estos pajarillos inquietos y desconfiados. Agenor le habia encomendado la direccion de la bolsa, y no queria por nada en el mundo que su mediano y poco dorado caudal se convirtiese en una nulidad absoluta.

Asi, pues, adivinaba desde léjos los leprosos, conocia por el olfato á quinientos pasos los judíos, veia á los ingleses en cada mata, saludaba á los navarros con política, enseñaba á los jacques su largo cuchillo y su ace-

ada ballesta; y en cuanto á las grandes compañías, teniales mucho menos miedo que Mauleon, ó por mejor decir, no les tenia ninguno.

—Porque, decia á su señor, si nos hacen prisioneros nos alisamos en las mismas compañías por vía de rescate, y le pagaremos nuestra libertad con la libertad que robemos á los que caigan en nuestro poder.

—Todo eso será muy santo y muy bueno cuando haya desempeñado mi misión, le decia Agenor; entonces suceda lo que Dios quiera; pero enretanto yo deseo de todas veras que os libre de un mal paso.

Así atravesaron sin tropiezo el Rosillon, el Languedoc, el Delfinado, Leonésado y llegaron hasta el pueblo de Chalons orillas del Saona. Desde aquí la confianza los perdió: convencidos de que estando tan cerca del término de su carrera, ya les alcanzarían ningun contra-

tiempo, se aventuraron á caminar una noche, y el resultado fué que al amanecer del dia siguiente, cayeron en una emboscada tan numerosa y tan bien preparada, que no hubo medio de resistencia. Así, el prudente Musaron puso las manos sobre el brazo de su señor en el momento mismo en que este iba á sacar su espada inconsideradamente, de suerte que entrambos quedaron cogidos sin poder defenderse, sucediéndole justamente lo que mas temia el caballero; puesto que se encontraban entrambos en poder de gefe de una partida de aventurero llamado Mosen Hugo de Caverley es decir, de un hombre que era la vez inglés por su nacimiento judío por su ingenio, musulmán por su carácter, jacque por afición, navarro por la astucia, y sobretodo casi leproso, porque habia hecho guerra en países tan sumamente calidos segun decia, que se habia aco-

sumbrado al calor hasta el punto de no poderse quitar nunca su armadura ni sus manoplas de hierro.

En cuanto á sus detractores, que no dejaba de tener bastantes el capitán, como de ordinario acontece á los hombres de un mérito superior, decían sencillamente que si no se quitaba nunca su armadura ni sus manoplas de hierro, era por no transmitir á sus numerosos amigos la incómoda enfermedad que habia tenido la desgracia de traer de Italia.

No bien cojieron á Musaron y al caballero, los llevaron á presencia del capitán; era este un valentón que queria verlo y examinarlo todo por sí mismo, pues suponía que en tiempos tan tormentosos, era fácil que su gente dejase pasar á algun príncipe disfrazado de palurdo, perdiendo de este modo una nueva ocasion de hacer fortuna.

En un instante se puso al corriente de los asuntos de Mauleon, es

decir, de los asuntos que el caballero podia referir: nada dijo al principio de su mision, pues solo se trató del rescate.

—Perdonadme, dijo Caverley, yo estaba sobre el camino, como la araña debajo de una biga; esperaba que alguno ó alguna cosa se presentase: vos vinísteis; y os prendí, pero sin mala intencion. ¡Ah! desde que el Rey Carlos V gobierna, es decir, desde que se terminó la guerra, no podemos ganar la vida. Vos sois un escelente caballero, y si estuviésemos en tiempos ordinarios os dejaria en paz muy cortesmente, pero en tiempos de hambre, es necesario recojer hasta las migajas.

—Hé aqui las mias, dijo Mauleon enseñando el fondo de su bolsa al partidario, y yo os juro por el nombre de Dios y por la parte que espero en su paraiso, que ni en tierras, ni en dinero ni en ninguna otra

cosa, poseo mas ni menos que lo que veis: asi pues, para que os puedo yo servir? Dejadme, pues, continuar mi camino.

—Desde luego, mi jóven amigo, contestó el caballero Caverley examinando el gentil continente de Agenor; desde luego hareis un efecto soberbio, en las primeras filas de nuestra compañía; ademas de esto teneis un buen caballo, amen de un fornido y bien armado escudero. Pero no son tales partes las que os ponen en el caso de ser una preciosa presa para mí.

—¿Y qué circunstancia desgraciada, preguntó Agenor, dá á mi persona tan grande valor á vuestros ojos?

—Vuestra merced es caballero, ¿no es verdad?

—Sí, y armado en Narbona por la mano de uno de los primeros príncipes de la cristiaudad.

—Por consiguiente, vuesa mer-

ced es para mí un precioso rehen, puesto que como habeis confesado, estais armado caballero.

—Un rehen?

Sin duda alguna: de modo que si el Rey Cárlos V atrapa uno de los de mi partida, ó á cualquiera de mis segundos y quiere mandarle ahorcar, antes que tal suceda le amenazo con ahorcaros tambien, y esto lo contendrá. Si á pesar de esta amenaza, lo manda ahorcar efectivamente, mando que os ahorquen á vuestra vez, si bien no podrá menos de apesadumbrar al Rey el ver colgado uno de sus gentiles hombres. Pero permitidme, añadió Caverley, estoy viendo en vuestra mano una alhaja que hasta ahora no habia notado; una cosa como una sortija. ¡Cáspita! veámosla caballero. Yo soy amigo de las cosas bien trabajadas, sobre todo, cuando la escelencia del material añade algo al valor mismo de la obra.

—Desde este punto conoció fácilmente Mauleon con quien tenia que habérselas: era el capitán Caverley uno de esos partidarios, que se habia hecho gefe de salteadores, no viendo ya, como él mismo decia, nada bueno que hacer en continuar honradamente su profesion de soldado.

—Capitán, dijo Agenor, retirando su mano, ¿respetais alguna cosa en el mundo?

—Todas las que yo temo, respondió el Condottiere. Verdad es que yo no temo á nada.

—Lástima es, dijo tranquilamente Agenor: de lo contrario esta sortija que vale....

—Trescientas libras tornesas, interrumpió Caverley, echando una simple ojeada sobre la joya, al peso del oro, sin contar con la hechura.

—Pues bien; por esta sortija, que segun decís vale trescientas libras tornesas, si vosuviéseis miedo

á alguna cosa, yo os traeria 1000.

—¿Cómo es eso? decidme, buen amigo; cualquiera edad es buena para aprender y á mí me gusta instruirme.

—¿No tendreis vos, capitan, á lo menos una palabra?

—Creo que tuve una en otro tiempo, pero á fuerza de haberla dado, he venido á quedarme sin ella.

—Pero á lo menos podreis fiaros de las de aquellas personas, que por no haber dado jamás la suya á otros, la conservan intacta todavía.

—Yo no me fiaré mas que en la de un solo hombre, y vos no sois este hombre, caballero.

—¿Quién es?

—Mosen Beltran Duguesclin; pero Mosen Duguesclin responderia por vos?

—Yo no lo conozco, dijo Agenor, á lo menos personalmente; pero por muy extraño que sea para mí ese caballero, como me permitais ir á don-

de yo he menester , y poner esta sortija en manos de la persona para quien va destinada , yo os prometo en nombre del mismo Mosen Duguesclin, no solamente daros 1000 libras tornesas sino 1000 escudos de oro.

—Yo prefiero al contante las trescientas libras que vale la sortija, dijo riendo Caverley y alargando la mano hácia Agenor.

El caballero se retiró precipitadamente y adelantándose hasta una ventana que daba sobre el rio, le dijo, sacando de su dedo la sortija y estendiendo su brazo sobre el rio Saona.

—Esta sortija es el anillo de la Reyna Blanca de Castilla , y yo la llevo para el Rey de Francia. Si me das tu palabra de dejarme salir en paz , en la cual habré de fiarme, yo te prometo mil escudos de oro; si los rehusas , echaré al rio la sortija y te quedarás sin sortija y sin reseate.

—Bien; pero aun me quedas tú, y yo te mandaré ahorcar.

—Lo cual no dejará de ser una menguada indemnizacion para un tan digno calculador, y la prueba de que no aprecias mi muerte en el valor de mil escudos, es que á mi propuesta, no dices que no.

—Yo no digo que no, repuso Caverley; porque....

—Porque tienes miedo, capitán, dí que no, y pierdes la sortija, y luego puedes mandarme colgar si gustas. Con que ¿dices que no, ó dices que sí?

—Voto á tal! exclamó Caverley admirado, he aquí lo que yo llamo un apuesto rapaz, amen del escudero que ni siquiera ha pestañeado. ¡Antes cargue el diablo conmigo! por el cuajo de nuestro santo padre el Papa, te digo que te aprecio, caballero!

—Eso está muy bien, y te lo agradezco como es debido; pero

responde.

—Qué quieres, tú, que yo responda?

—Sí ó no; yo no te pido otra cosa, y esto bien pronto está dicho.

—Pues bien!..... Sí

—Enhorabuena, dijo el caballero, volviendo á poner en su dedo la sortija.

—Pero con una condicion, continuó el capitan.

—¿Cuál?

Caverley iba á responder, cuando un violento tumulto llamó su atencion; tenia lugar este tumulto en un extremo del pueblo, ó por mejor decir, del campo asentado á la orilla del rio y todo circundado de bosques.

Muchos soldados despavoridos asomaron á la puerta sus cabezas gritando:

—Capitan! capitan!

—Bien está, bien está, respondió el Condotiere, acostumbrado á arre-

batos de este género, voy allá.

En seguida se volvió al caballero.

—Tú, le dijo, espérame aquí, te custodiarán doce hombres, y creo que tú no llevarás á mal este honor que te dispenso.

—Como gustes, dijo el caballero, pero que no se acerquen á mí, porque al primer paso que den tiro la sortija al Saona.

—No os acerqueis á él, pero tampoco me le dejéis solo, dijo Caverley á sus bandidos. Y saludando al caballero sin alzar ni un momento la visera de su casco, salió con un paso que denotaba la indiferencia habitual, y encaminóse hácia el lugar donde el ruido era mas fuerte.

Durante su ausencia, Mauleon y su escudero permanecieron en pie cerca de la ventana; los guardias estaban en el extremo de la habitacion, inmóviles delante de la puerta.

Continuó el tumulto, aunque iba disminuyéndose, hasta que al fin

cesó del todo ; y como media hora despues de su salida , regresó Hugo de Caverley , trayendo consigo un nuevo prisionero que la partida acababa de hacer , estendida segun estaba por el pais como una red de cazar.

El prisionero parecia ser un gentil-hombre campesino de talle y gallarda presencia: componian su armaduras un casco lleno de orin y una coraza que tenia trazas de haber sido recogida por alguno de sus antepasados en el campo de batalla de Roncesvalles. Con semejante atavio , el primer sentimiento que inspiraba era el de la risa ; mas cierto no sé qué de arrogancia en su continente , que él sin embargo se empeñaba en cubrir con las apariencias de la humildad , imponia si no el respeto , por lo menos la circunspeccion á los burlones.

— Le habeis registrado bien ? preguntó Caverley.

—Sí, capitán, contestó un alemán, á quien Caverley debia la buena eleccion de la posicion que ocupaba, eleccion inspirada, no por las ventajas de dicha posicion, sino por la escelencia de los vinos que entonces se cosechaban á orillas del Saona.

—No digo á él únicamente, repuso el capitán, sino tambien á su gente.

—No tengais cuidado, que la operacion se ha hecho con la mayor escrupulosidad, respondió el subalterno alemán.

Y qué es lo que habeis encontrado sobre ellos?

—Un marco de oro y dos de plata.

—Bien! dijo Caverley, la jornada no parece ser mala.

Y volviéndose en seguida al nuevo prisionero, añadió:

—Ahora hablemos un rato, mi paladin; aunque os pareceis mucho á un sobrino del emperador Carlos

Magno, no dejará de serme grato el saber quién sois de vuestra propia boca. Vamos, referidnos esto con lisura, sin restriccion ni reserva.

—Segun vos podeis conocer por el acento, respondió el desconocido, yo soy un pobre infanzon aragonés que vengo á visitar la Francia.

—Haceis perfectamente, repuso Caverley; la Francia es un país muy bello.

—En efecto, dijo el segundo, solamente la ocasion que habeis escogido es mala.

Mauleon no pudo menos de sonreirse, puesto que á él le era dado mejor que á ningun otro apreciar la exactitud de esta observacion.

Por lo que hace al gentil-hombre extranjero, permaneció impassible.

—Adelante, dijo Caverley, hasta ahora no nos has referido mas que el nombre de tu país, es decir, la mitad de lo que queremos saber;

sepamos cual es tu nombre.

—Aunque os lo diga, vos no le conocereis, respondió el caballero, ademas de que en realidad yo no tengo nombre, pues soy bastardo.

—A menos que fueses judío, turco ó moro, repuso el capitán, has de tener precisamente un nombre de bautismo.

—Me llaman Enrique, contestó el caballero.

—Tenias razon, levanta ahora un poco tu casco para que podamos ver tu buena catadura de infanzon.

El desconocido vaciló, y miró en torno suyo como para cerciorarse de que en aquel lugar no habia ninguno que le conociese.

Irritado Caverley con estas dilaciones, hizo una señal, á la cual acercóse al prisionero uno de los soldados, y golpeando el boton de su casco con el puño de su espada, logró alzar la visera de hierro que ocultaba el rostro del desconocido.

Mauleon dió un grito: el rostro del caballero era un retrato cabal del desgraciado gran maestro don Fadrique, de cuya muerte no obstante él no podia dudar supuesto que habia tenido en las manos su cabeza.

Musaron se puso pálido de horror, y se santiguó.

—Hola, hola! con qué os conocéis? dijo Caverley mirando alternativamente á Mauleon y al caballero del casco enmohecido.

A esta interpelacion, miró el desconocido á Mauleon con cierta especie de inquietud, mas luego se serenó su semblante, advirtiendo por una sola mirada que esta era la primera vez que veia á dicho caballero.

—Y bien, de donde os conocéis? preguntó Caverley.

—Lo que es en cuanto á mí, dijo el postrer venido, os engañais; yo no conozco á este hidalgo.

—Y tú?

—Ni yo tampoco.

—Por qué razon, pues, has proferido ese grito? preguntó el capitán, asaz incrédulo á pesar de la negativa conforme de sus dos prisioneros.

—Porque creí que tu soldado al quitarle su visera, le iba á quitar la cabeza.

Caverley se echó á reir.

—Con qué tan mala fama tenemos! dijo; pero vamos á ver, francamente caballero, ¿conoces tú ó no conoces á este español?

—Por mi palabra de caballero os juro, respondió Agenor, que lo veo hoy por la primera vez.

Y al hacer este juramento, que era la pura verdad, Mauleon estaba agitado por tan estraña semejanza.

Caverley llevaba sus ojos del uno al otro: el caballero desconocido se habia vuelto impassible, y parecia

una verdadera estatua de mármol.

—Vamos, dijo Caverley, lleno de impaciencia por no poder descubrir este arcano; tú eres el primero en el orden de fechas, caballero de.... me habia olvidado de preguntarte por tu nombre! ¿ó eres acaso tambien bastardo?

—Sí, dijo el caballero, lo soy.

—...Bueno, dijo el aventurero; ¿con que es decir, que tú tampoco tienes nombre?

—Sí por cierto, dijo el caballero, tengo uno; me llamo Agenor, y como he nacido en Mauleon, llámanme comunmente el bastardo de Mauleon.

Dirigió Caverley una rápida mirada hácia el desconocido, á fin de ver si el nombre que acababa de pronunciar el caballero le causaba alguna impresion.

Pero no hizo el menor gesto en su semblante.

—Veamos, bastardo de Mauleon,

dijo Caverley, tú eres el primero en fecha; acabemos, pues, primero con tus asuntos, y en seguida pasaremos á los del señor Enrique. Deciamos pues, que la sortija por dos mil escudos.

—Por mil escudos, repuso Agenor.

—Tú crees...?

—Estoy seguro de ello.

—Bien podrá ser. Por consiguien-
te la sortija por 1,000 escudos; ¿pe-
ro me aseguras tú de que esta sor-
tija es efectivamente la de doña Blan-
ca de Borbon?

—Sí, dijo el caballero.

El desconocido hizo á su vez un movimiento de sorpresa que no pa-
só desapercibido para Mauleon.

—Reyna de Castilla? continuó Ca-
verley.

—Reyna de Castilla, repuso Age-
nor.

El desconocido redobló su aten-
cion.

—Cuñada del Rey Carlos V, vol-

vió á seguir el capitán.

—Cuñada del Rey Carlos V.

El desconocido se habia convertido todo en oídos.

—La misma preguntó Caverley, que está prisionera en el castillo de Medina-Sidonia, por disposición de su esposo el Rey don Pedro ?

—La misma que acaba de ser abogada en el castillo de Medina-Sidonia por orden de su esposo don Pedro, respondió el desconocido con un tono de voz frío pero á pesar de eso muy marcado.

Mauleon le miró con admiración.

—Hola, hola, dijo Caverley, parece que la cosa se va complicando.

—Quién os ha dado esa noticia ? preguntó Mauleon, cuando yo creia ser el primero en llevarla á Francia ?

—Ya he dicho, repuso el desconocido, que yo era español, y que venia de Aragon: antes de salir de

allí he sabido esta catástrofe , que á la sazón metia mucho ruido en España.

—Pero si la Reyna Blanca de Borbon está muerta, dijo Caverley, cómo es el tener tú su sortija?

—Porque ella me la dió antes de espirar, para que se la llevase á su hermana la Reyna de Francia; y para que al mismo tiempo le dijese quién la hizo morir y de qué manera.

—Luego habeis presenciado sus últimos momentos? preguntó con la mayor viveza el caballero.

—Sí, respondió Agenor, habiendo sido yo tambien el que dió muerte á su asesino.

—Un moro? preguntó el desconocido.

—Mothril, contestó el caballero.

—Esto es cierto, pero no le habeis matado.

—Cómo!

—Solo le habeis herido.

—Pardiez! dijo Musaron: si hubiera sabido esto! Yo que todavia tenia doce dardos en mi aljaba!

—Adelante, dijo Caverley, todo eso podrá ser quizá muy interesante para vosotros; pero lo que es para mí, no vale ni un comino, pues no soy español ni francés.

—Cabal, dijo Mauleon, y por lo tanto esto es ya una cosa concluida: tú te quedas con mis prendas, y me devuelves la libertad asi como á mi escudero.

—Nada se habia tratado sobre el escudero, dijo Caverley.

—Porque eso se daba por entendido: tú me dejas esta sortija, y en cambio de esta sortija yo te doy mil libras tornesas.

—A las mil maravillas, dijo el capitan, pero aun habia una pequeña condicion.

—Una condicion?

—Que yo iba á decirte en el momento en que nos hemos separado.

—Cierto es, repuso Agenor, me acuerdo de esto: pero, ¿y cuál era esta condicion?

—Que ademas de las mil libras tornesas en que yo aprecio la libertad que te doy, tú me quedas aun á deber el servicio en mi compañía por todo el tiempo de la primera campaña en que el Rey Cárlos V. le plazca emplearnos, ó que á mí se me antoje hacer por mi propia cuenta.

Mauleon dió un salto de sorpresa.

—Tales son mis condiciones. repuso Caverley: ó con ellas, ó de ninguna manera. Vas, pues, á firmar que tú perteneces á la compañía, y que mediante este empeño quedas libre..... momentáneamente, se entiende.

—Y si no vuelvo? dijo Mauleon.

—Oh! volverás, respondió Caverley, porque segun pretendes, tienes una palabra.

—Corriente; queda aceptado, si bien con una reserva, una sola.

—Cuál?

—Que bajo ningun pretesto podrás obligarme á hacer armas contra el Rey de Francia.

—Es justo: ni siquiera pensaba en eso, dijo Caverley, lo cual consistirá en que como yo no tengo mas Rey que el de Inglaterra, y si mucho me aprietas ninguno.... Mas vamos á escribir el papel de contrata, y lo firmarás en seguida.

—Yo no sé escribir, dijo el caballero, que se resentia sin avergonzarse de la ignorancia tan comun entre la nobleza de esta época; pero mi escudero escribirá por mí.

—Y tú harás la cruz, dijo Caverley.

—La haré.

Tomó un pergamino y una pluma, y la alargó á Musaron, que escribió conforme él le dictaba.

«Yo Agenor, caballero de Mauleon, me comprometo, una vez terminado mi encargo cerca del Rey

Cárlos V, á volver á estar con mosen Hugo de Caverley, donde quiera que estuviere, y me obligo tanto por mí como por mi escudero, á servir entrambos por todo el tiempo que dure la primera campaña, con tal que no fuere dirigida contra el Rey de Francia ni contra el conde de Foix mi señor feudal.»

—Y las mil libras tornesas? indicó suavemente Caverley.

—Cierto, dijo Mauleon, se me olvidaban.

—Sin duda; pero á mí no me falta memoria.

Agenor continuó dictando á Musaron:

«Y yo entregaré á mosen Hugo de Caverley la suma de mil libras tornesas, que reconozco deberle como precio de la libertad momentánea que me ha vendido.»

A esto agregó el escudero la fecha del día y el año, y el caballero cojió en seguida la pluma, ni mas ni

menos que si empuñase una daga y trazó con ella un gran signo en forma de cruz.

Cogió Caverley el pergamino, le leyó con grande atencion, tomó un puñado de arena y con ella empolvó la escritura que estaba todavia húmeda, dobló el pergamino con cuidado, y se lo puso en el tahalí.

—Supuesto que nada falta, le dijo, desde luego puedes partir, porque eres libre.

—Escucha, dijo el desconocido; como yo no puedo perder tiempo, y tengo que ir tambien á Paris á donde me llama un asunto importante, te ofrezco mi rescate bajo las mismas condiciones que este caballero: ¿acomoda esto? contesta, y contesta pronto.

Caverley se echó á reir.

—Lo que es á tí, yo no te conozco, dijo:

Y conoces mas á mosen Agenor de Mauleon, que á lo que parece, so-

lo hace una hora que se halla aquí?

—Sí, dijo Caverley, á nosotros los observadores nos basta una hora para apreciar á los hombres; y durante la hora que ha pasado cerca de mí el caballero ha hecho cosas que me la han dado bien á conocer.

El caballero aragonés se sonrió de un modo extraño.

—Con que es decir que me lo niegas? le dijo.

—Ni mas ni menos.

—Ya te arrepentirás.

—Bah!

—Atiende; me has tomado todo cuanto yo poseia, de modo que nada me queda ya que poder ofrecerte en este instante. Guarda mi gente en rehenes, guarda mi equipage, y déjame partir á mí solo á caballo.

—Pardiez! pues buena gracia me hacias por tu vida, tus equipajes y tus soldados son míos, puesto que están en mi poder.

—Déjame entonces á lo menos decir

dos palabras al jóven puesto que él ya ha obtenido su libertad.

— Dos palabras á propósito de tu rescate?

— Sin duda; ¿y en cuanto lo calculas?

— En la cantidad que se ha encontrado sobre tí y los tuyos, es decir, en un marco de oro y dos de plata.

— En buen hora, dijo el caballero.

— Pues bien, repuso Caverley, entonces puedes decirle lo que te parezca.

— Atiende, pues, caballero, dijo el gentil-hombre aragonés.

Y ambos se retiraron á un rincón para hablar con mas libertad.

CAPITULO VIII.

De como el caballero aragonés se rescató por diez mil escudos de oro.

El capitan Caverley seguia atentamente con la vista la conversacion de los dos extranjeros ; pero el español habia llevado á Agenor bastante léjos del aventurero , para que ni una sola palabra pudiese llegar á los oidos de este.

—Señor caballero, dijo el desconocido , hénos aquí fuera del alcance de sus oidos , pero no de sus miradas ; os ruego , pues , que bajeis la visera del casco para que parezcáis

impasible é ininteligible á los que nos rodean.

—Y vos, señor, contestó Agenor, antes de bajar la vuestra dejadme contemplar algunos instantes mas vuestro semblante; porque, creedme, experimento al veros una alegría dolorosa que no podeis comprender.

—El desconocido se sonrió tristemente.

—Señor caballero, le dijo, miradme cuanto querais, porque yo no bajaré mi visera. Aunque tenga cinco ó seis años solamente mas que vos, he sufrido bastante, para tener seguridad en mi rostro: es un esclavo sumiso que no dice sino lo que yo le mando que diga; y si os recuerda las facciones de alguna persona querida, á mi fé que esto me animará para demandaros un favor.

—Hablad, dijo Agenor.

—Al parecer habeis caido en gra-

cia al bandido que nos ha hecho prisioneros; no me ha sucedido á mí lo mismo á lo que parece, pues mientras me retiene ostinadamente os permite á vos seguir vuestro camino.

—Sí señor, respondió Agenor, sorprendido al ver que desde que hablaban á parte, el español, conservando siempre cierto acentillo, se espresaba sin embargo en buen francés.

—Pues bien, continuó el aragonés: por grande que sea la necesidad que tengais de seguir vuestro camino, no es menor la mia, y es menester que á cualquier precio salga yo de las manos de ese hombre.

—Señor, dijo Agenor, si me jurais que sois caballero, si me dais vuestra palabra de tal, yo tambien empeñaré la mia con el capitan Caverley para que os deje partir conmigo.

—¡Ah! exclamó el estrangero, ese es precisamente el favor que iba

á pedirnos me otorgáseis; sois tan discreto como cortés, caballero.

Agenor se inclinó y le preguntó en seguida:

—Así, pues, sois noble?

—Sí, Mosen Agenor, y bien pudiera añadir que pocos hidalgos pueden vanagloriarse de ser tan nobles como yo.

—En ese caso, dijo el caballero, tendreis otro nombre que ese que os habeis dado?

—Seguramente, respondió el caballero, mas espero que sea tanta vuestra cortesía, que se contente con mi palabra sin necesidad de que le diga mi nombre, porque no puedo decíroslo.

—¿Ni aun á un hombre cuyo honor invocais; ni aun á un hombre á quien rogais que responda de vos? dijo Agenor con sorpresa.

—Señor caballero, repuso el desconocido, yo me lamento de esa circunspeccion indigna de vos y de

mi, pero graves intereses que no son solo míos lo ordenan así. Conseguidme mi libertad al precio que queráis, y cualquiera que sea este precio, á fé de gentil hombre que lo pagaré: aun tengo que añadir, si os parece, una palabra mas, y es que no os arrepentireis nunca de haberme obligado en esta ocasion.

—Basta, basta, señor, dijo Mauleon, pedidme un favor, pero no me le compreis de antemano.

—Mas tarde, Mosen Agenor, replicó el desconocido, apreciareis la lealtad que me obliga á hablar así. Hubiera podido mentir momentáneamente y deciros un nombre falso, y puesto que no me conociais, fuerza era que os contentarais con lo que os dijese.

En este mismo instante estaba pensando en eso, respondió Mauleon; sereis, pues libre al mismo tiempo que yo, señor caballero, si el capitan Hugo de Caverley me con-

serva en su buena gracia.

Agenor dejó al estrangero que permaneció en el mismo sitio, y tornó al lado de Caverley que estaba esperando con impaciencia el resultado de la conversacion.

—Y bien! preguntó el capitan, ¿estais mas enterado que yo, querido amigo? ¿sabeis quién es ese español?

—Un rico mercader de Toledo que viene á traficar en Francia, y dice que su detencion le acarrea grandes quebrantos. Me ha pedido que sea su fiador, ¿aceptais la fianza?

—¿Y estais pronto á dármela?

—Sí, porque habiéndome informado de su situacion, me he conolido de ella. Con que vamos á ver, capitan, cuenta redonda.

Caverley se puso á meditar.

—Un mercader rico, dijo, que ha menester su libertad para continuar el comercio.

—Señor, dijo Musaron al oido de

su amo ; creo que acabais de cometer una imprudencia.

—Sé lo que me hago, respondió Agenor.

Musaron bajó la cabeza como rindiendo homenaje á la prudencia de su señor.

—; Un mercader rico ! repitió Caverley , entonces conoceréis que debe valer mas que un hidalgo , y nuestro primer precio de un marco de oro y dos de plata , no debe ya tenerse en cuenta.

—Por eso os he dicho francamente lo que era ese hombre , capitan ; porque no quiero impedir que saqueis todo el partido posible de vuestro prisionero.

—Si lo he dicho ya , señor caballero : sois un guapo mozo. Vamos á ver , y qué es lo que él ofrece ? porque algo de esto os habrá dicho en su larga conversacion.

—Hombre , sí ! me ha dicho que pudiera subir á unos quinientos escu-

dos de plata ó de oro... de oro, sí, porque si fueran de plata podriais decir que se os robaba.

Caverley no respondió una palabra, estaba siempre calculando.

—Quinientos escudos de oro, bastarian para un simple mercader, pero habeis dicho un mercader rico, acordaos bien.

—Me acuerdo, respondió el caballero, y voy viendo que he hecho mal en ser tan franco, señor capitán; pero como cada cual debe sufrir la pena de sus culpas, fijemos su rescate en mil escudos; y si es menester pagar quinientos por mi indiscrecion, está bien, yo los pagaré.

—No es todavía bastante para un rico mercader, respondió Caverley: es todo lo mas que puede llevarse por el rescate de un caballero.

Agenor consultó con su mirada á la persona cuyos intereses se habia encargado de defender, para saber

si podía pujar un poco mas alto; el aragonés hizo con la cabeza un signo afirmativo.

—Vamos, dijo Mauleon, doblemos la suma, y punto concluido.

—Dos mil escudos de oro! repuso el capitán empezando á admirarse del elevado precio en que el desconocido tasaba su persona; 2,000 escudos de oro! en ese caso debe ser el mercader mas rico de Toledo. A fe mia creo que he hecho una buena presa y es necesario aprovecharse de ella: ahora bien, que suba un poco mas, y nos veremos.

Agenor miró de nuevo á su cliente que hizo un segundo signo semejante al primero.

—Pardiez! dijo el caballero: puesto que sois tan exigente, quedemos en cuatro mil escudos de oro.

—Cuatro mil escudos de oro! exclamó Caverley estupefacto y alborozado á un mismo tiempo: entonces es un judío, y yo soy muy buen

cristiano para soltar un judío en menos de...

— En menos de cuanto, repitió Agenor.

— En menos de... el capitán titubeó un instante antes de soltar la suma que tenía ya en la punta de la lengua, tan exorbitante le parecía: en menos de diez mil escudos de oro: ah! ya la solté, ya está mi palabra empeñada, y casi por nada.

El desconocido hizo un imperceptible signo de asentimiento.

— Venga esa mano, dijo Mauleon, alargando la suya á Caverley: conformes y corrientes, es negocio concluido.

— Esperad un instante, un instante, exclamó Caverley, lo que es para diez mil escudos de oro no acepto yo la fianza de un caballero, ¡ voto á chápíro! necesitaría la de un príncipe, y aun quizá, quizá... á muchos príncipes conozco yo que no los admitiría.

—Desleal ! exclamó Mauleon , dirigiéndose á Caverley , y echando mano á su espada , desconfias de mí !

—No , mancebo , no , respondió Caverley : estás equivocado : no desconfío yo de tí , sino de él . ¿ Te figuras tú por ventura , que una vez fuera de mis garras pagará diez mil escudos de oro ? No : en la primera encrucijada echará por la izquierda y no le volverás á ver : si ha sido tan espléndido en palabras , ó si te place mejor en gestos , porque no se me han escapado los que te hacía , es porque tiene intencion de no pagar .

A pesar de la impasibilidad de que se habia vanagloriado el extranjero , Agenor vió la cólera aparecer en su rostro , pero al punto se contuvo haciéndole con la mano al caballero una señal de príncipe .

—Venid , señor Agenor : tengo todavía que deciros una palabra .

—No vayas , no , repuso Caverley ,

es para seducirte con buenas palabras, y dejarte con el compromiso de los diez mil escudos.

Pero el caballero conocia instintivamente que el aragonés era mas de lo que parecia, y llegóse á él, no solo con confianza sino tambien con respeto.

—Gracias, leal caballero! le dijo el español en voz baja; has hecho bien en empeñarte por mí, y te doy mi palabra de que nada tienes que temer; en este mismo instante pagaría á Caverley si quisiese, porque en la silla de mi caballo tengo mas de 300,000 escudos en oro y en diamantes, pero el miserable aceptaria mi rescate, y despues de haberlo aceptado no me dejaría en libertad: escuchad, pues, lo que habeis de hacer; cambiaremos de caballos, partireis y yo me quedaré aquí: luego que llegueis al pueblo mas cercano descocereis la silla, sacareis una bolsa de cuero y de ella

tomareis los diamantes que sean menester para juntar 10,000 escudos de oro, y luego con una escolta respetable me vendreis á buscar.

—Señor, dijo Agenor asombrado; ¿y quien sois vos, Dios mio, para disponer de tantas riquezas?

—Creo haber depositado en vos bastante confianza poniendo en vuestras manos todo cuanto poseo, para no tener necesidad de deciros quien soy.

—Señor! señor! repuso Mauleon; á deciros la verdad estoy temblando: no podeis figuraros cuantos escrúpulos me asaltan... esa estraña semejanza.... esta riqueza... ese misterio que os rodea.... Señor, yo tengo intereses que defender en Francia.... intereses sagrados.... que acaso son opuestos á los vuestros.

—Decidme, repuso el desconocido, con el acento de un hombre acostumbrado á mandar; vais á Paris ¿no es eso?

— Sí, dijo el caballero.

— Vais á entregar al Rey Cárlos V la sortija de la Reyna de Castilla?

— Sí.

— ¿Vais á pedirle venganza en su nombre?

— Sí.

— Contra el Rey don Pedro?

— Contra el Rey don Pedro.

— Entonces, no os inquieteis, repuso el español, nuestros intereses son los mismos, porque el Rey don Pedro ha muerto á mi..... Reyna, y yo tambien he jurado vengar á doña Blanca.

— Será cierto lo que me contais? preguntó Agenor.

— Caballero, dijo el desconocido en tono firme y magestuoso: miradme bien: decíais que me parezco á alguna persona conocida vuestra, ¿quién era esa persona?

— ¡Oh! mi desventurado amigo, exclamó el caballero, oh! ilustre gran

maestre! Señor, os pareceis tanto á don Fadrique, que casi os confundiria con él.

—Sí, dijo sonriéndose el desconocido, una semejanza estraña....., una semejanza de hermanos.

—¡Imposible! repuso Agenor, mirando al aragonés casi con terror.

—Id al pueblo cercano, señor caballero, repuso el desconocido; vended los diamantes á cualquier judio y decidle al capitan de tropas españolas que don Enrique de Trastamara es prisionero del capitan Caverley ... Calmaos, os veo temblar al través de vuestra armadura: reparad que nos están mirando.

Temblaba en efecto Agenor sorprendido. Saludó al príncipe con mas respeto tal vez del que debiera, y fue á reunirse á Caverley, que ahorrándole la mitad del camino salió á su encuentro y le dijo poniéndole la mano sobre el hombro.

—Y bien! No le faltan buenas pa-

labras, palabras doradas y te habrá engañado como á un chiquillo.

—Capitan, dijo Agenor, las palabras del mercader en efecto son doradas, porque me indican un medio de entregaros su rescate antes de esta noche.

—Los diez mil escudos de oro?

—Los diez mil escudos de oro.

—Y ¿puedo saber cómo?

—Nada mas fácil, dijo el desconocido adelantándose: este caballero va á continuar su viaje hasta cierto paraje que conoce, donde he ocultado un poco de dinero; y él te traerá diez sacos con mil escudos de oro cada uno. Tu verás y palparás el oro, á fin de que te quedes bien convencido: y cuando lo estés, cuando el oro esté en tus arcas, me dejarás marchar. ¿Es esto pedir demasiado? ¿quedamos conformes?

—Conformes á fé mia si lo ejecutas como lo dices, contestó Caverley que creia estar soñando.

Y luego volviéndose á su segundo le dijo:

—He aquí un hombre que se estima muy caro; veremos á ver como paga su estimacion.

Agenor miró al príncipe, que dijo:

—Señor de Mauleon, en memoria del buen servicio que me haceis y del agradecimiento que os debo, segun es costumbre fraternal de caballeros, troquemos caballos y espadas: acaso salgais perdidizo en el cambio, pero mas tarde tal vez sereis recompensado.

Agenor le dió las gracias: Caverley que le habia escuchado se echó á reir.

—Quiere robarte encima, dijo en voz baja al mancebo: he visto su caballo y no vale ni la mitad que el tuyo: decididamente no es caballero, ni mercader, ni judio: es sin duda moro.

Sentóse el príncipe pacíficamente

delante de una mesa haciendo una señal á Musaron para que estendiese por escrito otra abligacion semejante á la primera: y apenas estuvo redactada, cuando Agenor, que habia salido fiador del príncipe, hizo al pie la señal de la cruz, como lo habia hecho en la anterior, y luego que el Capitan Caverley la examinó con su proligidad acostumbrada, marchó el caballero para Chalons, que se descubria al otro lado del Saona.

Todo sucedió como el príncipe lo habia indicado. Agenor encontró en la silla el saquito de cuero y dentro de él los diamantes. Vendió los suficientes para reunir doce mil escudos de oro, porque el príncipe necesitaba reponer su bolsa enteramente vacia por Caverley: despues al volver al campamento, encontró al capitan español que don Enrique de Trastámara le habia designado, le reconoció, le refirió el suceso acaecido al príncipe, é hizo que sus gentes le

acompañasen hasta un bosquecillo distante como cosa de un cuarto de legua del campamento de Caverley : detuviéronse allí los españoles , y Agenor continuó su camino.

Hizose el negocio mas legalmente aun de lo que el caballero esperaba. Caverley contó y recontó sus escudos de oro , lanzando grandes suspiros ; porque pensaba que un hombre que con tamaña puntualidad y prontitud pagaba aquella enorme suma , pagaria lo mismo doble cantidad si se le hubiese exigido.

No obstante , como el caballero habia cumplido su palabra , Caverley quiso hacer honor á la suya.

Asi , pues , dejé ir á los dos mancebos , no sin recordar antes á Agenor que no le habia pagado aun , pues por su cuenta le debia mil libras torneças y el servicio en toda una campaña.

—Espero , le dijo el príncipe apenas se vieron libres , que no volve-

reis al lado de estos bandidos.

—Ah! dijo Mauleon, será preciso aunque no quiera.

—Yo pagaré todo lo que sea menester para vuestro rescate.

—Jamás podreis rescatar mi palabra, príncipe, y mi palabra está empeñada, dijo Agenor.

—Pardiez! dijo el príncipe, á bien que yo no he dado la mia y haré colgar al tal Caverley, tan de seguro como los dos estamos vivos. Así no me quedará el sentimiento de que mis escudos de oro le aprovechen.

En este momento llegaron cerca del bosquecillo en que el capitán español quedó emboscado con sus veinte lanzas, y don Enrique gozoso de haberse rescatado por tan poca cosa, se encontró al fin entre amigos.

Tales fueron las consecuencias del mal paso en que el príncipe y el caballero se encontraron juntos, y del cual salió el primero, gracias á la

palabra empeñada del segundo.

Por su parte, Agenor que habia salido sin blanca y sin amigos, se encontraba con un tesoro casi á su disposicion y protegido por un príncipe.

Sobre este punto hizo Musaron mil disertaciones cada cual mas ingeniosas, pero estas disertaciones filosóficas son muy conocidas desde la mas remota antigüedad para que las repitamos aquí. Terminó no obstante sus disertaciones, con una cuestion demasiado importante, para que la dejemos pasar en silencio.

-- Señor, dijo al príncipe, no comprendo muy bien como teniendo vuesa merced veinte lanzas á su disposicion habeis viajado con un escudero y dos ó tres criados únicamente.

-- Amigo mio, le dijo el príncipe riendose, porque el Rey don Pedro mi hermano, ha enviado á todos los caminos que van de España á Fran-

cia, espías y asesinos: si hubiera caminado con un tren brillante era fácil que me conociesen, y yo quería guardar el incógnito; me acomodaba mejor la oscuridad que la luz del día, y por otra parte quiero que se diga: «Enrique salió de España con tres criados y volvió á entrar con un ejército; don Pedro, por el contrario, tenía un ejército en España, y salió solo.

—¡Qué hermanos! dijo para sus adentros Agenor, qué hermanos!

—Mi hermano ha muerto á mi hermano, repuso Enrique de Trastámara, y yo le vengaré.

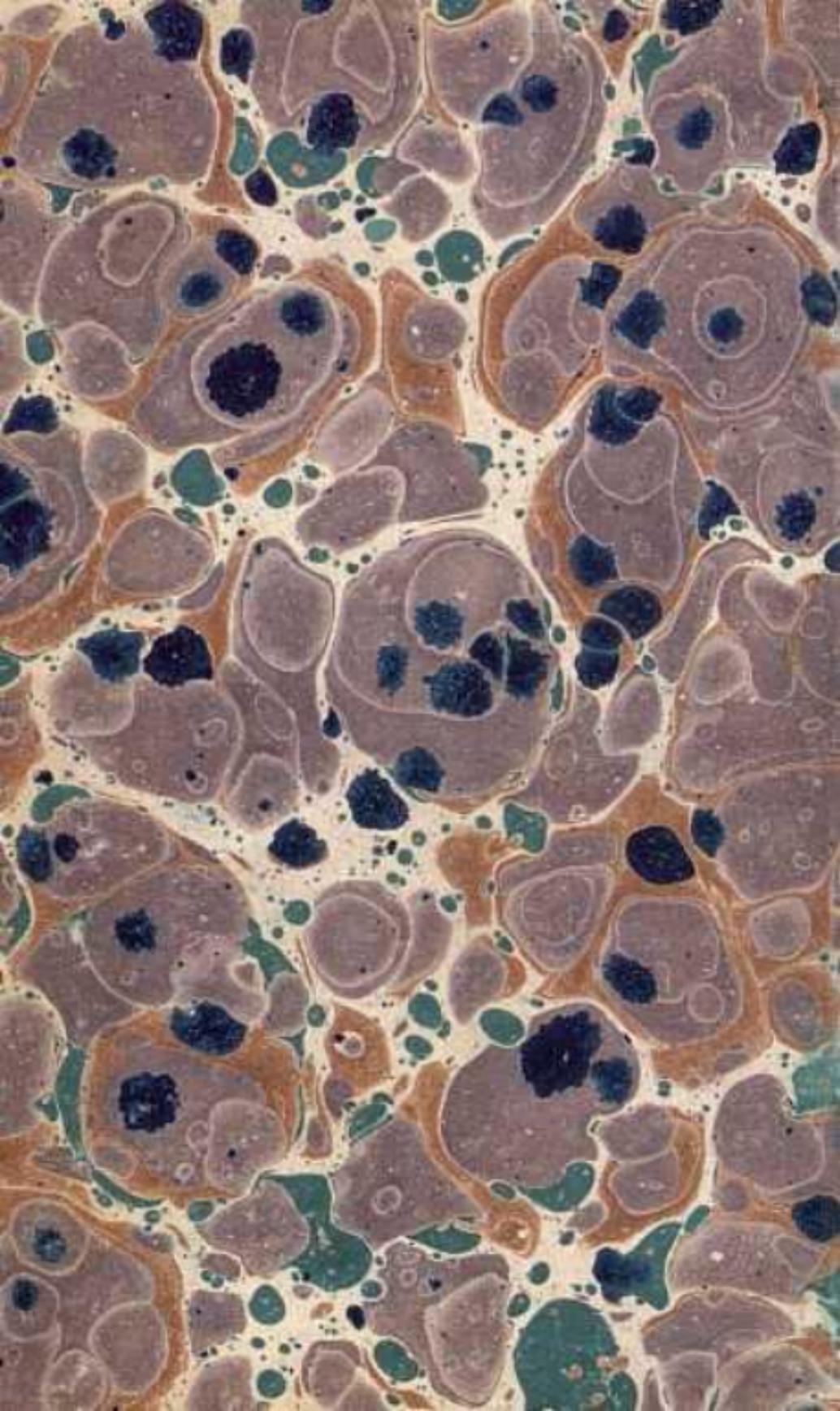
—Señor, dijo Musaron á su amo, aprovechándose de un momento en que el príncipe estaba hablando con el gefe de su escolta, ese es un pretesto que el señor Enrique de Trastámara no daría por otros diez mil escudos de oro.

—Cómo se parece al valeroso gran Maestre: ¿lo has reparado, Musaron?

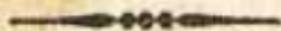
—Señor, respondió el escudero: don Fadrique era rubio, y este es bermejo: los ojos del Gran Maestre eran negros, y este los tiene pardos; el uno tenia la nariz aguileña y el otro de pico de buitre: el primero era esbelto de carnes, el segundo flaco; don Fadrique tenia fuego en sus mejillas y el señor Enrique de Trastamara tiene sangre: no se parece, no, á don Fadrique, sino á don Pedro: son dos buitres, Mosen Agenor, dos buitres.

—Es verdad, pensó Mauleon, y se pelean sobre el cuerpo de la paloma.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.



EL BASTARDO
de
MAULEON.



II.



